

A G U S T I N A Y B A R

PENCAS

- DE -

PALMA

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. D. MINICANA

*Linolipografía LA INFORMACION C. por A. - SANTIAGO DE
LOS CABALLEROS, REP. DOM. -- AGOSTO DE 1932*



ABR. 7 1972

BN
RD 863.42
A.973P
E.2

*Publicada con la protección del
Honorable Presidente de la
República, Gral. don Rafael
Leónidas Trujillo Molina.*

Compis
Reg. No. ~~10000~~

019930



10
11
12
13
14

THE
LIBRARY OF
THE
BOSTON PUBLIC LIBRARY

PRIMERA PARTE

EPISODIOS DE LA
INTERVENCION
NORTEAMERICANA

I

ADIOS, MELENA...!

TODA la rebeldía ingénita del pueblo dominicano, en aquellos amargos días de la Intervención Norteamericana, parece que se había refugiado en la melena de Clemente. Cabellos indomables, que no se avenían a la simple disciplina del peine, y necesitaban de mucha agua y de mucha grasa y del castigo constante de una raqueta, para poder permanecer sujetos a la caída elegante del cabello lacio.

Y Clemente no desperdiciaba ocasión ni medios para mantener su melena al corte de la pluma, y para ello había agotado todos los preparados químicos recomendables para domar cabellos ariscos. Pomadas, lociones, aceites, baselinas, (de todo ésto se hallaba en las gavetas del tocador de Clemente, que, para dormir, y a fin de amoldarse la melena, usaba gorros que él mismo hacía con pedazos de medias de sus hermanas.

La melena para Clemente era una obsesión, y así como la gota persistente termina por hacer agujero en la dura piedra, Clemente llegó a darle la apariencia de lacia melena a sus cabellos que, más que tales, parecían crines.

La peluquería era un templo para Clemente.

se pelaba todos los sábados, y pagaba su pelada a precios extraordinarios a fin de que el barbero tuviera todo el cuidado posible para no alterar ni disminuir, en nada, el corte elegante de su melena.

Por varias ocasiones vimos a Clemente bañándose en el río, y era tal la cantidad de grasa que él usaba para mantener moldeada su melena, que sabullía en el agua y, al sacar la cabeza, ésta permanecía seca y la melena intacta en su forma, pues llegó a ser impermeable e inconvencible.

Clemente estaba encantado de su melena. Pero no hay dicha que no tenga su tropiezo en este mundo de padeceres.

Clemente trabajaba de mecanógrafo en la Oficina del Preboste norteamericano, y era costumbre del Coronel Lyman, Jefe de las tropas de ocupación en el Departamento Norte de la República, hacer mensualmente una visita de inspección a todas las oficinas públicas, sobre todo a aquéllas que estaban bajo la dirección de oficiales yanquis.

El Coronel Lyman, como se recordarán los que tuvieron con este militar norteamericano, alguna conexión, era hombre de temperamento irracional, que gustaba atropellar y burlarse de los dominicanos, en cualquier sentido.

Comenzó el Coronel Lyman a hacer la inspección de la Oficina del Preboste Marcial, y todos los empleados se encontraban en sus respectivos sitios, serios y formales, llenando sus cometidos. El Coronel fué mirándolos uno a uno, hasta que llegó a ponerse a la espalda de Clemente, quien se encontraba al frente de su máquina de escribir; el Coronel le dió una palmadita en el hombro a Clemente y éste dió un salto en el asiento y se puso en

atención. El Coronel, con su acostumbrada mordacidad, le preguntó:

—Usted ser poeta?

Y Clemente contestó rápidamente:

—No, señor; Coronel....

—¿Entonces, usted ser pintor?

—Tampoco, Coronel.

—Ah, coramba!.. ¿Usted ser violinista?

—No lo soy, coronel.

—Entonces, haga favor decir por mí qué siendo usted.

—Coronel, yo soy mecanógrafo.

Oh, coramba!.. Mi piensa que por ser mecanógrafo no menester por melena tan grande como esa tuya. Mi piensa cinco minutos por tí no más cabellos o no más mecanógrafo por esta oficina, ¿sabis?....

Clemente amaba mucho su melena, pero aquí cabe el cuarteto aquel que dice:

El amor y el interés
se fueron al campo un día,
y más pudo el interés
que el amor que te tenía.

Así fué que la determinación de Clemente ante el dilema que le presentaba el Coronel, fué rápida. Adios, melena!..

Dos minutos después, con el asombro de todos los que tal cosa veían, caía al suelo, segada impiadosamente por una máquina de pelar número cero, la melena de Clemente, que tanto trabajo y tantos cuidados le costó para fomentarla.

EL GUAPO

EN todos los suburbios de la ciudad de Santiago, así como ocurre en los suburbios de todas las ciudades del mundo, existe uno o más hombres reputados de guapos, matasiete consuetudinarios, que a donde quiera que van ponen un ambiente de pendencia y de tragedia.

Es el hombre que, por lo regular, casi nunca es valiente, pero sí fanfarrón, mal hablado, perverso y alevoso. No sabe del amor propio bien entendido, pero es rencoroso contra quien, en un momento de arrojo, pudo poner en bajo precio su fama de matón.

Tolera el agravio moral para lo más sagrado que un hombre de honor pueda tener, pero no admite que en público se le dé una bofetada, porque considera este acto como el supremo ultraje que un hombre puede recibir.

Es el hombre que no tiene vergüenza moral, pero que está pronto siempre para, a la primera palabra altanera que se le diga, asestar el bofetón violento, la puñalada alevosa o el balazo fulminante.

El guapo dominicano se caracteriza siempre, por encima de los demás guapo del mundo, por que, a pesar de ser un hampón, por vivir siempre en el bajo fondo social, no infringe jamás el código, en lo que a robo se refiere, porque el guapo dominicano no roba. Ejerce la profesión de la guapería, más por romanticismo que por materialismo; gusta

de referir sus lances, de mostrar sus cicatrices y en decir que a su lado no hay paja que se mueva. El guapo dominicano no traiciona a su amigo y mucho menos a aquel de quien recibe favores; pero no perdona jamás, por todos los tesoros del mundo, que se le traicione o que en público se le ofenda a su dignidad de hombre matón. De la traición y de la ofensa a su honra de valiente, se venga siempre, cuando no frente a frente, por la espalda, pero se venga.

Y sin embargo, tampoco el guapo dominicano es un verdadero hombre de valor, en la expresión moral de la palabra.

Este sujeto, cuando reconoce en su posible adversario a un hombre superior a él por la serenidad y la sangre fría; cuando sabe que su contrario es un hombre que está siempre dispuesto "a cualquier cosa" entonces rehuye el encuentro con él, si es que no puede atraérselo como amigo.

Y vamos al cuento.

Un sábado en la noche, en los tiempos de la Intervención Norteamericana, se celebraba una fiesta de a rajar, en uno de los suburbios de la ciudad de Santiago.

En una casucha vieja, techada de yaguas y de piso de tierra bien apisonada, se celebraba una bachata que estaba, según el clásico decir, de "chupe usted y déjeme el cabo", la orquesta se componía de dos guitarras, un bongó y una güira. El que tocaba la güira era el guapo del vecindario, lo llamaremos Juan Félix y por mal nombre le decían "La Tormenta"—ésto porque él se preclaba en decir que por donde él pasaba se caían los palos y temblaban los hombres—tenía como credenciales sus innúmeras cicatrices, que a lo mejor eran hue-

llas de enfermedades sifiliticas, Juan Félix se preciaba de ser el mejor cantante del barrio, pero a decir verdad, nunca se caracterizaba él mejor como una verdadera tormenta, como cuando cantaba, porque su voz nada tenía que envidiarle al retumbar del trueno ni el estallido del rayo. Sin embargo, nadie se atrevía a criticarlo, porque, ¡ay de aquel que se atreviera a decirle a Juan Félix que él no cantaba bien!

La noche a que nos referimos, la fiesta estaba en todo su apogeo; la estrecha sala de baile estaba llena de parejas, que, mientras danzaban, más bien parecía que se discutían la buena pro en un extraño concurso de empellones. La orquesta, encaramada en una tribuna como de un metro de altura, dominaba la sala, mientras cantaba y tocaba el jaleo, entonces de moda, de "La Chambelona".

"Ella é, élla é, élla é la chambelona.

Qué dice esa vieja mala

Que en la calle me abandona....

Ella é, élla é, élla é la chambelona.

Tres soldados del ejército norteamericano de ocupación, llegaron a un ventorrillo, y compraron varias "manos" de guineos, los cuales iban comiendo mientras se dirigían hacia donde sonaba la fiesta. Al llegar a la puerta de ésta, se detuvieron a ver a los sudorosos bailarines, que se debatían en un ambiente, en el cual el olor de los polvos y de las lociones baratas hacía diabólica conjunción con el vaho del aguardiente, del humo de los tabacos y de los cuerpos sudados.

A uno de los americanos le había tocado un guineo que estaba tan "maduro" que destilaba miel, y no habiéndoselo comido por lo repugnantemente blando que estaba la fruta, lo retuvo en su mano, hasta que una perversa idea asaltó su mente.

Juan Félix, desde la tribuna, con su boca abierta y los ojos cerrados de placer y de orgullo tocaba la güira y cantaba atronadoramente:

“Ella é, élla é, élla é la chambelona”....

El americano, con certera puntería, lanzó el guineo y éste fué a romperse contra los dientes y los labios del guapo cantante....

Y aquí fué Troya.

“La Tormenta”, todo vuelta una idem, salto de la tarima, lanzando la güira, limpiándose atolondradamente la cara y cayó en medio de la sala, atropellando a unos cuantos bailarores y vociferando como una fiera;

—Que salga!.. que salga el que lo tiró!....
Quién fué el jijo e la mala que me tiró el guineo?
Quién fué!.. diganme quién fué pa que su mama se ponga luto!.. Diganme, caramba, diganme!!....
pa yo enseñallo a repetai a lo sombre!.... Que saiga el que fué pa coméimelo! Yo quisiera sabei quien fué pa comeimelo vivo!!....

Y mientras así gritaba, lleno de furor, miraba a la acorbadada concurrencia, que arrinconada, rehuía del guapo mozo cuyos ojos fulgurantes, por el alcohol, inquirían de cada uno de los presentes la acusación fatal.....

—Diganme, por Dios, quién fué el atrevío, pa que no vea la lú de mañana!.. Diganme, pa que sepa lo que jun peine en cabello malo!..

Uno de los circunstantes, todo vuelto un ovillo de miedo, se acercó temblorosamente al guapo, diciéndole:

—Yo.... yo sé quien fué..

—Dime pronto!.... pronto, dime!....quién fué?....

Fué aquel un momento de tremenda emoción

trágica.... Una vieja previsora, vislumbrando lo que iba a pasar, salió en busca de una "batea" para recoger los redaños del infeliz agresor del guapo, cuya muerte creía segura.

—Dime!....dime pronto! —imploraba iracundo el guapo mientras sacudía al circunstante informador.

Este, entonces, volviéndose hacia la puerta de la calle, señaló al fornido yanqui que había lanzado el guineo.

—Mira, aquel yanqui fué....Yo lo ví..

El guapo miró al yanqui, y así como tras un torrencial aguacero de mayo, se disipan las negruras de las nubes, resurge el cielo azul y resplandece el sol en torrente de luz y de tibieza vivificante, así la cara de Juan Félix se despejó del gesto fiero, desplegó el entrecejo y en sus labios floreció una sonrisa de intensa complacencia.

—Ah, caramba, si es Yon!.... Qué Yon tan charlatán!.... (Y dirigiéndose a la absorta concurrencia explicó el guapo). Este yanqui es un gran amigo mío.... Esos siempre son sus juegos conmigo..... (y dirigiéndose al yanqui) ¿Que hay, Yon, tu metió en fiesta hoy?.... Este si e un yanqui simpatico!.... Ven acá Yon!.... Comigía!.... Tu quiere guatitrinqui!.... Ven!.... Ven!....

Y echándole el brazo al yanqui, que se mostraba rehacio a entrar, exclamó:

—Venga el trago....Lo pago yo!....

Se cree que esta fué la primera y la última vez en que Juan Félix pagó una ofensa con un trago de ron.

DON EMILIO

Don Emilio R. era un individuo de esos que viven ajustados siempre a métodos.

El tenía regulado el tiempo de su vida, de una manera rigurosa. Se levantaba a las cinco de la mañana, se bañaba a las cinco y media, desayunaba a las seis y media, a las siete se acicalaba, a las ocho iba a la oficina, a las 12 salía, a las doce y media almorzaba, de una a dos y media leía, a las tres volvía a la oficina de donde salía a las cinco: a las seis cenaba, de seis y cuarto a las siete y cuarto, se daba paseitos en la acera para hacer la digestión, a las siete y media iba al parque a sentarse en el mismo banco, debajo del mismo árbol y junto son los mismos amigos, los respetables señores don Juan, don Félix, don Manuel y don Secundino; con ellos hablaba del mismo tema, la política, la necesidad de librar a los hogares del influjo extraño, traído al país por los soldados de la ocupación militar norteamericana. Este tema sólo se variaba cuando uno de los cinco amigos dejaba de ir al parque, por estar acatarrado, y entonces la conversación jiraba alrededor de todos los defectos del amigo ausente y de lo descarriada en que vivía su familia.

A las nueve se despedía y Emilio iba a su casa, irremisiblemente por la misma calle, por la misma acera y al mismo paso de siempre; a las nueve y media ya estaba acostado, después de haber hecho gárgaras y de haberse cerciorado de que



todas las aldabas de las puertas de la casa estaban bien ajustadas. Dormía hasta el día siguiente, amenizando su sueño con varios períodos de ronquidos que eran el tormento de la esposa y de los vecinos más cercanos.

Esa era la vida de este burócrata fervoroso y ejemplar, que cifraba todo su orgullo en no tener ningún vicio, en no haberle cojido prestado dinero a ningún prójimo, en no haberle tomado nada fiado a ningún comerciante, y en nunca haber pisado la puerta de una Alcaldía.

Don Emilio era un Nacionalista rabioso en su intimidad, pero extremadamente conservador en sus manifestaciones públicas. Odiaba a los yanquis de una manera ferviente, pero nunca decía nada a nadie que pudiera comprometer su seguridad personal. Sólo se desahogaba, a media voz, con sus amigos del parque, porque sabía que ellos eran de su mismo temperamento, de su mismo sentir y de su misma convicción. El murmuraba cordialmente y con entusiasmo a sus amigos ausentes, porque estaba en la seguridad de que no hacía otra cosa que pagar equitativamente, con la moneda con que se le pagaba a él, pues cuando no podía ir al parque, por estar acatarrado y para no exponerse a tomar "un viento", su única preocupación en casa, era adivinar cuál de sus defectos era el motivo de los comentarios de los amigos que echaban de menos su ausencia.

Frente a la casa de Don Emilio, vivía un sargento del ejército norteamericano de ocupación. Era un hombretón, con tolla de boxeador y gesto de ogro hambriento, que solía todas las noches aplicarse unas jumeras descomunales. Este yanqui era el único nublado que manchaba el pulcro cielo

de la vida metódica de nuestro don Emilio, a quien le molestaba tener tan indeseable vecino; indeseable por patriotismo e indeseable también por lo poco moral de su compostura. A don Emilio lo "subían y lo bajaban", según la gráfica frase, cada vez que miraba al yanqui salir a la galería de su casa en camiseta, con el pecho velludo, los brazos y el cuello completamente desnudos.

Al yanqui, por su parte, parece que también le molestaba la jactanciosa compostura y metodicidad de su vecino don Emilio y sobre todo parecía chocarle más los pascitos que daba éste en la acera de su casa, todas las tardes, después de la cena.

Así fué como una tarde, cuando don Emilio iba y venía por la acera de su casa, en cuerpo de camisa, luciendo vistosos y flamantes breteles sobre alba camisa de piqué, limpiándose cuidadosamente la dentadura con un mondadientes hecho por él mismo de un palillo de fósforo, se le acercó el sargento, bamboleándose de una borrachera y diciéndole:

—Ey.... Hombri, por qué tu tanto ir para acá, para allá, todos los días por esta hora?..

—Eso es un precepto de higiene digestiva, contestó con dignidad don Emilio,, y siguió paseando con marcado desprecio hacia el yanqui...

—Ey..... hombri!....., tronó el sargento, halando como a una pluma, a don Emilio, por los breteles, haciéndole volar uno de los botones del pantalón....

Qué atropellos son estos?....—protestó don Emilio.... Esto es el colmo del abuso!.. Tenga usted entendido que yo soy un ciudadano, celoso de mis deberes y de mis derechos constitucionales!....

—Tu ser uno sembergüenza, sabis?... Tu ser

uno perro, sabís?... Yo ser Jefe todo negro como tu, sabís?... Yo americano, no quiere más pasco por tí esta calzada.... Mi no quiere ver más a tí caminando como uno loco, para allá y para acá, sabís?... Si tu sigue, yo mucha trompada por tu cabeza y por tu cara... —Y mientras hablaba de esta guisa, sanguluteaba al pobre don Emilio como a un pelele.

Mientras tanto, don Emilio se debatía por librarse de las garras del sargento, gritando:

—Socorro, compatriotas!.... No permitáis semejante atentado en la persona de un ciudadano!.... El honor patrio los llama en mi defensa!... Se están pisoteando los derechos individuales!....

El americano, para acallar a su víctima, le aplicó dos trompadas y la sangre corrió de la boca del infeliz don Emilio....

Los vecinos todos miraban, pero nadie se acercaba a defender al cuitado.

En eso, pudo don Emilio, sacando fuerza de flaqueza, darle un tirón y zafarsele al yanqui. Corrió para su casa, cerró la puerta, le puso los muebles de trinchera y cuando se creyó en seguridad gritó:

—Ven ahora, yanqui desgraciado, traicionero, infame, cobarde, alevoso, ven a agredirme a traición ahora!!!.....

La mujer de don Emilio, temblando de miedo, le decía:

—Emilio, por Dios, cállate que si ese yanqui viene....

—Cállate tu, cobarde!....Este atentado no se queda así!!.... Déjenmelo a mí sólo!.... Déjenlo que entre!....

Y gritó tanto don Emilio, que estuvo tres días sufriendo de ronquera. Lo que sí es cierto, que desde ese día, más nunca ha vuelto a pasearse por la tarde, después de la cena, por la acera de su casa. Y no lo hace por cobardía, sino, porque como él muy bien dice, más vale evitar que tener que remediar.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

EL AMIGO DE FREDY

LA luna no podía ser más espléndida aquél sábado en la noche, en el año mil novecientos diecinueve. El ambiente invitaba a fiestar; a beber a sorbos la luz de plata de los rayos de la luna, en una orgía que durara hasta el amanecer.

Desde que salieron del cine, Rafael y Francisco, en compañía de otros amigos, recorrían los barrios de la Joya y del Ensanche "San José", zonas no peligrosas en esos tiempos, porque no eran visitadas por los soldados yanquis. Pero toda esa parte de la ciudad estaba sumida en el silencio. Cosa rara; ni una tambora se oía por ninguna parte; aquella noche parece que los trasnochadores y fiesteros consuetudinarios habíanse levantado en huelga y, contraviniendo sus inveteradas costumbres, se habían acostado temprano, dejando que todo permaneciera en calma.

Rafael, Francisco y sus compañeros, lo registraron todo, ansiosos de encontrar una bachata en donde pasar un rato bueno, pero cansados de andar, regresaron por la avenida Imbert hasta el cruce de ésta con la calle "30 de Marzo", en donde se detuvieron a deliberar.

Hasta aquel lugar llegaba el sonido de una tambora, acusadora fiel de que en el barrio de "La Victoria" había una fiesta tupía. Al grupo se le hizo la boca agua ante aquel anuncio provocador del jolgorio que tanto deseaban sus componentes. Pero... había un pero. El barrio de "La

Victoria", así como el de "Los Pepines", eran zonas peligrosas, porque eran campos de acción de los soldados yanquis, quienes, borrachos, acaparaban todas las fiestas y todas las "margaritas", y el criollo que se atreviera a aventurarse entre ellos, estaba expuesto, cuando menos, a salir tuer-to de una trompada.

Rafael, ante la tentación de la tambora que repiqueteaba, no pudo contenerse y propuso con alardes:

—Bueno, señores, ¿ustedes son como yo?.... Vamos para La Victoria, qué caray! los yanquis son hombres iguales a nosotros, y lo que ellos puedan hacernos, se lo podemos nosotros hacer a ellos!

Todos se quedaron silenciosos, y uno de ellos, por toda contestación, dijo retirándose.

—Señores, que la pasen bien; yo me voy a acostar....

Dos más del grupo imitaron esta actitud, hasta que quedaron Rafael y Francisco solos.

—Oye, Francisco, vamos tu y yo. Estos no son más que unos cobardes. ¿Qué nos pueden hacer los yanquis? Si nos vienen encima, los aburamos a pedradas y listo!

—Nó; yo no es que le tenga miedo a los yanquis, Rafael, pero, qué sé yó!.... tengo tanto sueño!....

Y rubricó su última frase con un bostezo que no era muy sincero.

—Qué vas tú a tener sueño!.... Tu lo que tienes es miedo.... Yo quisiera que fueran como yo.... Pero qué caray!.... me voy yo solo si tu no quieres acompañarme.

—Pero ven acá, Rafael, déjate de cosas;

vámonos a acostar que el día de mañana será más largo.

—No me digas ná!.... Yo bailo esta noche de cualquier manera; si tu no me quieres acompañar, vete a acostar que yo voy solo, y que vengan todos los yanquis contra mí.

—Bueno,—dijo Francisco resolviéndose,— para que tu no creas que es por miedo, vamos!

Los dos amigos siguieron por la calle Santa Ana, ahora "Salvador Cucurullo", con una decisión digna de mejor causa. Cuando llegaron a la esquina de la calle "San Luis", divisaron que a su encuentro venían dos corpulentos "Marine Corps", que caminaban bamboleándose. Instintivamente, Rafael y Francisco se detuvieron en seco y exploraron bien el campo. Como los dos yanquis se acercaban, los atrevidos jóvenes se apostaron tras un poste de la luz eléctrica y allí esperaron el desarrollo de los acontecimientos.

Los dos yanquis pasaron sin siquiera dirigirles una mirada.

Pero el diablo, que siempre está en todo, hizo que Rafael reconociera a uno de los dos yanquis, precisamente, el que parecía una torre, en lo grande, y sin andar con miramientos se volvió hacia él diciendo.

—Ah, caramba, si es Fredy, un amigo mío. Y rompió a llamarlo:

—Ey, Fredy!.... Fredy!.... May fren, camijía!.... Ven acá, Fredy!....

Francisco, siempre conservador, aconsejaba:

—Oye, Rafael, deja ese yanqui quieto; ya pasaron de largo y salimos del peligro; para qué diablo llamas tú a ese yanqui?

—Déjate de pendejía!.... Fredy!.... Oye. Fredy, may fren!.....

El yanqui se volvió al fin, cuando ya había caminado unos cincuenta metros, y al verlo volverse, Rafael fué a su encuentro, quedando Francisco en observación desde el poste de la luz.

Cuando el yanqui tuvo cerca a Rafael, con una cordialidad rayana en la delicadeza, tomó á éste por el cuello con la siniestra y con la diestra le aplicó una trompada tan fuerte, que, para el pobre cuitado, la luna convirtiósese en un chispero para luego quedar todo en la oscuridad. El yanqui, no conforme, hizo tres o cuatro aplicaciones de sus rudas caricias sobre el rostro de Rafael, hasta que éste, entre trompada y trompada, pudo reponerse un tanto para poder exclamar:

—Pero.... pero Fredy!.... Que es eso, Fredy!.... Yo amigo tuyo!.... Yo busca trinqui por tí.... Ya tu no me conoces, Fredy!....

Pero el yanqui, mientras pegaba, gritaba iracundo:

—Tú negro, tira piedra por mí!.... Tu canalla, mi mata por tí, no tira más piedras, ¿sabis?.... Tu sinvergüenza negro, ¿sabis?.... Tu no más tira piedra por marino ¿sabis?....

Y cada vez que el yanqui decía un ¿sabis? tenía a bien acompañarlo con una trompada en la cara del pobre Rafael, quien al fin se desplomó al suelo.

Dejándolo por muerto, los dos yanquis se retiraron hacia la fortaleza "San Luis", y cuando los vió ya ir lejos, Francisco se acercó a donde yacía Rafael, y tomándolo en brazos, se dispuso a llevarlo a su casa, mientras le decía:

—Tu puedes dar gracias, Rafael, que ese

yanqui era amigo tuyo, porque si no, te hubiera matado....

—No me embromes tú, cobarde, que no fuiste capaz de irme a ayudar!

—Ayudarte a qué?.... ¿A recibir golpes?.. Qué bueno, eh!.... Si a tí, que eres su amigo, te hizo ésto, qué hubiera hecho conmigo, que no me conoce!....

LA LLAVE

MARIO, que además de ser un excelente y laborioso mecánico, era también un buen dominicano, no quería saber de los yanquis ni en pintura. Los odiaba cordialmente, con ese odio sano y noble que se le tiene a los hijos de la nación que sojuzga a la nuestra.

Mario tenía su vanidad, como la tenemos todos los mortales. Por eso, a pesar del odio que guardaba por los yanquis, para él fué una gran satisfacción cuando, una mañana, la figura ceremoniosa y eternamente vestida de azul marino, de Don Antonio, el amable intérprete del Coronel Lyman, llegó a su puerta y le dijo que había tenido noticias de que era él el único mecánico capaz de hacer un delicado trabajo que necesitaba el Coronel. Mario sintió un halago íntimo y se ofreció cordial:

—¿Qué desea el Coronel que yo le haga?

—El Coronel,—contestó don Antonio—tiene mucho empeño en lograr una llave igual a ésta, que se le ha roto y cuya compañera no ha podido encontrar en ninguna tienda de la ciudad.

Y pasándole a Mario los dos pedazos de la llave rota, le preguntó con un dejo de duda:

—¿Sería usted capaz de hacerla, completamente igual?

Y Mario contestó con sano orgullo:

—Oh, sí; dígame usted al Coronel que mañana se la llevaré yo mismo.

—¿Está usted seguro que podrá hacerla?
—Volvió a inquirir don Antonio?

—Sí, señor; segurísimo; yo he hecho llaves más difíciles que ésta.

—Oh!... el Coronel va a ponerse muy agradecido de usted.

Y diciendo ésto, se despidió de Mario.

Al otro día, el bueno de Mario tenía terminada la llave. Era en realidad una obra maestra. Podía decirse que estaba mejor confeccionada que el modelo roto.

Mario se dirigió, con su traje planchado, haciéndole un hurto al domingo venidero, hacia la oficina del Coronel Lyman, vibrando en orgullo patrio, y pensando mientras caminaba: "Ahora voy yo a probarle a ese yanqui, que aquí, en Santo Domingo, sabemos hacer las cosas, sin maquinarias ni herramientas apropiadas, mejor que como ellos las hacen con sus grandes y modernas instalaciones mecánicas". La llave reluciente, por lo bien pulida, la llevaba Mario envuelta en un papequito de seda color rosa.

Cuando Mario llegó a la casa del Coronel, salió a recibirlo el complaciente don Antonio, diciéndole:

—Pase usted... ¿Ha hecho la llave?

—Aquí la traigo,—contestó Mario mostrándole el paquetito de crujiente papel de seda, el cual desenvolvió diciendo con modestia:

—Dispensará usted que no esté muy bien... Pero usted se hará cargo... figúrese, uno no tiene maquinarias: se hace a manos, sin herramientas adecuadas, lo poco que se puede.

Ai ver don Antonio la llave, exclamó con admiración:

—Oh!!... Pero.... ¿Ha sido usted quien la hizo?

—Yo mismo!—contestó Mario con plante napoleónico.

—Oh! el Coronel va a quedar mucho contento de su obra.... Pase usted, el Coronel va a recibirlo ahora mismo.

Y abriendo una puerta que, en vidrio esmerilado tenía un letrero que decía: "Private", lo invitó a pasar.

El Coronel Lyman, con su cara acicalada, estaba sentado a su escritorio revisando unos papeles. Al notar la entrada de su Secretario y de Mario, levantó ligeramente la cabeza, los miró con indiferencia y volvió a poner su atención a los papeles.

Don Antonio y Mario estuvieron varios minutos de pié, en la puerta del Despacho, en espera respetuosa de que el Coronel les ordenara hablar; lo que hizo éste con su acostumbrada rudeza, y en un malogradísimo español:

—¿Qué pasa por este hombre?

Don Antonio le contestó en inglés, explicándole que ese "hombre" era el mecánico que se había comprometido a construir la llave, la cual traía completamente igual a su modelo.

El Coronel, entonces, miró a Mario y haciéndole señas para que se acercara al escritorio, le dijo en algo así que pareció un ladrido:

—¿Cáman!....

Mario adelantó nervioso, y sin hablar una palabra, le alargó al Coronel el crujiente paquetito color de rosa.

El Coronel lo desenvolvió, y al ver la llave.

frunció el entrecejo, y miró alternativamente a la llave y a Mario, durante algunos segundos. Después se mordió el labio superior y fijó una sañuda mirada en Mario, paseándola desde la cabeza a los pies; Mario sintió una de esas sensaciones que se experimentan cuando un dolor de muela nos lleva a la casa del dentista, en la que se desea estar el menos tiempo posible. Tuvo un presentimiento, y el instinto de conservación lo hizo volver la cara hacia la puerta de salida.

Al fin el Coronel preguntó a Mario:

—Tu haber hecho esta llavi?

—Sí, señor, —Contestó nerviosamente Mario.

—Oh, si tu haciendo esta llavi, tu ser un hombri peligroso!... Tu ser un falsificador!... Tu pudiendo hacer llavi falsa por banco y tu roba dinero!... Yo piensa tu poco tiempo por calabozo!... En Estados Unidos tu por silla eléctrico; en Francia tu poco tiempo por güillotina!...

Mario, a cada frase del grosero militarote, sentía un acentuado descontrol en las rodillas, y algo frío que le bajaba por las espaldas. El Coronel continuaba:

—Yo siempre piensa dominicanos pillos por pailas de cocina y por las gallinas del patio; pero nunca piensa tanto progreso por robo con llavis falsas... ¿Cómo nombre de usted?

Mario, completamente descontrolado el sistema nervioso, respondió titubeando:

—¿Yo?... ¿Que cómo me llamo?... ¿Yo mismo?... Me llamo Mario....

—Oh, Mario!... Yo no quiero más por tí en esta oficina!... Tu ser un hombri mucho peligroso... Yo temo tu roba todas mis cosas!...

Mario, que aunque era herrero no era mal



entendedor, se dió cuenta inmediatamente de que el Coronel lo estaba despidiendo de una manera no muy cortés, y como su deseo era el estar allí el menos tiempo posible, no se hizo repetir la ultrajante despedida, y se disparó hacia la puerta con tanta prisa, que a no ser don Antonio listo, se lo lleva de encuentro.

Algunos autores aseguran que Mario se puso en la calle de tres zancadas, pero otros aseguran que fué de cinco. Nosotros, como historiadores que queremos ser fidedignos en todo, años después de la ocurrencia, nos trasladamos a la casa que ocupaba el despacho del Coronel Lyman y medimos, con un pié de rey, la distancia que hay entre el sitio en donde, según testigos presenciales, se encontraba de pié Mario escuchando los denuestos del militarote, y la acera de la calle, y pudimos constatar técnicamente que es materialmente imposible cubrir esa distancia de tres zancadas, por muy campeón mundial de saltos que se sea, y por mucho milagro que haga el miedo; por lo cual, y para no disgustar a ninguno de los historiadores que han escrito ya sobre este suceso histórico, nos pronunciamos por la versión popular de que Mario se puso en la calle de cuatro zancadas y tres cuartos de idem.

Cuando Mario se vió en la calle, libre, independiente y soberano de su destino, puso el frente hacia abajo y, no corriendo, por no sembrar la alarma entre los transeuntes, pero sí a pasos de llegar pronto a su fragua, partió de allí, haciendo votos a la Virgen de la Altagracia de no volver a pasar más por aquel sitio mientras permanecieran los yanquis en el país.

Pero estaba escrito, como diría cualquier folletinista ilustre, que hasta ahí no llegarían los sustos y sobresaltos de Mario en este día fatal,

pues aún le faltaba el rabo por desollar, como suele decirse. Así, pues, cuando Mario, casi sin respiración, por lo desacostumbrado de la marcha, llegaba a la esquina en donde está ahora el edificio de correos, fué detenido por el policía regularizador del tránsito en aquel lugar. Mario, pensando que iba a ser puesto en contravención por exceso de velocidad, iba a hacer sus alegatos ante el agente, pero éste no le dió tiempo a hablar, advirtiéndole que lo estaban llamando.

Mario miró hacia la calle arriba, y, en realidad, por medio de la calle y no menos de prisa que él, se acercaba don Antonio haciéndole señas para que se detuviera. Mario se creyó perdido; el instinto de conservación obró en él y su primer impulso fué salir huyendo, pero se acordó de que la Ley de fuga estaba en vigor, y un nuevo temor lo hizo estremecerse. Entonces se recordó de la teoría del haitiano que dice: "Murí pará y murí jullendo, tu e murí, pero jullendo se pué uno salvá", y se determinó a salir huyendo, pero ya era tarde, pues don Antonio acababa de llegar a su lado diciéndole:

—Dice el Coronel que vuelva a su oficina.

Mario sintió intensa flojera en todas las coyunturas y preguntó con desfallecimiento:

—¿Yo?....¿Y para qué más me quiere el Coronel?

—Oh, para pagarle su trabajo de la llave.

Al oír esto, Mario sintió una enorme sensación de bienestar, y poniéndole ambas manos en los hombros a don Antonio, díjole con una sonrisita de forzada complacencia:

—Lígale usted al Coronel que yo le obsequio la llave.... que no me debe nada por eso....

Y sin esperar contestación, reanudó la marcha, llegando a su casa con treintinueve grados de fiebre.

EN UN CENTRO ESPIRITISTA

AQUELLA noche, un viernes de 1921, se celebraba en la parte baja de esta ciudad una sesión solemne, en un Centro Espiritista.

La pequeña sala, en todo su alrededor, estaba cubierta de adeptos, que con un misterioso silencio, manifestación de arraigada creencia, presenciaban a la Maestra de Ceremonias y al Medium.

La maestra de ceremonias era una vieja gorda, en cuyo traje hacía alarde su oficio de freidora de chicharrones, manifestado en varias manchas de grasa. Usaba unos espejuelos tan empañados, que por miope que fuera ella, más fácil le era mirar sin su auxilio que a través de sus cristales.

Para más caracterizarse la matrona, en su oficio de directora espiritista, lucía algunos pelos de bigote sobre su grueso labio superior, que brotaba, haciéndole competencia a la achatada nariz. De vez en cuando, la hombruna freidora de chicharrones, lanzaba una larga y sentenciosa mirada a los espectadores, los cuales, no se sabía si tenían más miedo a la Maestra de Ceremonias que a los espíritus que iban a ser convocados.

El Medium era un muchacho de ojos de idiota, pero con más picardía que devoción entre el cuerpo. Era pálido, y para mejor tener dispuesta su "materia" a recibir los espíritus etéreos, de vez en cuando se embicaba una botella, encalándole a su estómago un largo trago de aguardiente blanco.

La vieja sacó un mantecoso librito, todo desencuadernado, de entre las profundidades de uno de los bolsillos de su amplia bata de listado, y comenzó a macujear con una voz de finjida cavernosidad:

—Espíritus que vivís en las tinieblas.... Hermanos espíritus que estáis haciendo el viaje de prueba, preparaos que os vamos a invitar a venir a nosotros....

Dió una nueva mirada de reojo a su auditorio, escupió largamente sobre el sucio pavimento, limpióse la boca con la manga, y continuó, limpiándose ruidosamente el pecho:

—Hermanos que estáis en las tinieblas, pedid permiso al Todo Hacedor y venid a nosotros, miserables materias (para élla no tenían importancia los acentos ortográficos) y ponednos en comunicación con las regiones en donde vagáis....

Terminada la oración preliminar, la vieja comenzó a atraer los fluidos, con miles musarañas y muecas, sobre el medium, el cual comenzó a ponerse "en punto", más por la borrachera de aguardiente que por otra cosa. Luego quedó completamente en trance.

—Maldición!.... Maldición!.... ¿Dónde estoy?.... ¿A dónde voy?.... Vengo de las tinieblas, pero no puedo entrar a la luz.... Maldición! Maldición!.... (Y el Medium daba grandes golpes en el piso, pero con gran cuidado, para no derramar la botella de aguardiente que tenía a su lado).

La vieja, simulando un gran atareo, gritaba al medium.

—Hermano!.... hermano!.... Cálmate, hermano, cálmate!.... Contéstame, hermano, ¿Quién eres tú?.... Contéstame!....

El Medium comenzó a producir unos bufidos de toro en celo, que le hacían mucho honor a la fortaleza de su garganta.

—Habla, habla, pecador!.... Contéstame hermano!....—insistía la vieja.

Después de repetidos bufidos, el medium habló con voz de trueno:

—Yo soy un espíritu atrasado y vengo de las tinieblas!.... Maldición!.... Maldición!.... (Y simulaba una gran rabia y se daba estrellones contra el suelo, pero teniendo siempre el cuidado de ir a caer sobre un colchón, de sacos de henequén, que había en medio de la sala).

Algunos de los circunstantes, erizados los cabellos, maldisimulaban cierto temblorsillo, y miraban a la puerta de salida, con la misma fruición con que se mira una tabla de salvación.

La vieja, autoritaria, le gritaba al medium.

—Repórtate, repórtate, espíritu atrasado!.... No tienes derecho a maltratar la materia que te aloja.... Repórtate o te hago reportar!....

—Yo soy un espíritu atrasado que vengo de las tinieblas....

—Pero dí quién eras tu en el mundo de los vivos?.... inquirió la vieja.

—Yo fui un gran general.... La traición me perdió.... Ahora vivo en las tinieblas.... Años y años pasarán y yo seguiré viviendo en las tinieblas.... Maldición!.... Maldición!.... (Y el medium volvía a tirarse contra el colchón de sacos, lanzándole, con disimulo, ciertas miradas provocadoras a la botella de aguardiente....

—Me estoy quemando!.... Me estoy quemando —gritaba— dadme de beber!

La vieja le pasó la botella del aguardiente y el Medium la apuró con avidez.

—Oh!... qué bebida es esta tan fresca?... No se parece a los tragos de plomo derretido que tengo que apurar todos los días... Es imposible vivir en las tinieblas!...

—Pero dinos, hermano, quien eres tú, y qué buscas...

—Yo soy un gran general dominicano... Yo maté a muchos infelices, y ahora estoy penando mis culpas... Pero quiero volver al mundo; yo quiero volver ahora mismo, porque yo veo y no conozco a los dominicanos. Ah, si yo estuviera en el mundo, ningún soldado yanqui estuviera pisoteando nuestra libertad. Hay que combatir a los yanquis, ya los dominicanos no parecen hombres, como eran los de mi tiempo...

En esto tocaron violentamente a la puerta.

El medium continuó hablando:

—Yo mataría diez yanquis por día... Yo haría frente a la turba de cobardes y los haría pelear... Yo, que era un gran general, ahora vivo en las tinieblas y me da vergüenza ver, desde allí, a los dominicanos como gallinas ante los soldados yanquis...

Los golpes en la puerta se acentuaron, y una voz gritó desde fuera, en un tono que no dió lugar a dudas, con respecto de quienes eran los que tocaban. La voz de fuera exclamaba:

—Abri puerta por mí pronto... Si no poco tiempo marino tumba puerta por busca margaritas. Abri!... Mi quiere margarita ahí trancada...

El Medium, que en ese momento había tomado una actitud heroica, blandiendo la botella del aguardiente como relumbrante sable, despojóse del espiritual generalato, y dando un salto que hubiera dejado en ridículo al mejor saltarín del mundo, salvó una ventana como de nueve pies de altura,

y se esfumó de la sala. Los otros espectadores, y con ellos la vieja maestra de ceremonias, también saltaron, dejando, en pocos segundos, completamente limpia la casa.

Cuando los yanquis entraron, forzando la puerta, de todo el centro espiritista que antes había allí, sólo quedaba la botella, en la que sólo vagaba el espíritu del aguardiente ya escanciado.

ISAIAS EL TURCO

Pedro Isaías, el buhornero árabe, fiador consuetudinario, ferviente regateador, y garatoso decidido, había salido aquel día muy de mañana, al hombro el bulto con las telas baratas y en la diestra mano la vara de medir, que a decir de las comadres, le faltaba una pulgada para estar completa; salió, pues, a hacer su acostumbrada recorrida por los barrios de la ciudad, deteniéndose de puerta en puerta, diciendo siempre la misma pregunta:

—No gombra nada la barsana?

Y haciendo siempre el mismo anuncio de las mercancías que llevaba:

—Tengo la bursiana de todo los colores; la burselina, la bergalina y el bergal, bueno bara sibones y el jostillo.... tengo la media di seda y bercerizada, de algodona también.... Todo a breccio de gosto y fiado bara bagar un beso lo sábado.. vamos, baisana, guiere gombrar algo.....

Al pasar "Isaías el Turco", como le decían todos, por una de las calles del barrio de "Los Pepines", divisó a Marcedita la Vegana, una muchacha fresca, alegre vendedora de caricias, quien se encontraba en el comedor de la casa en que habitaba. Hacía como ocho meses que Marcedita le adeudaba a Isaías dos pesos, resto del valor de una pieza de nansú "Aliento de Niños", que élla le había comprado fiada, para regalársela a una comadre que estaba a punto de dar a luz, para que

hiciera el canastillo del niño de quien debía ser madrina Mercedita.

Al verla, Isaías se apresuró a detenerse en la puerta, diciendo:

—Ola, baisanita.... Guanto tiembo.... Tu bígara olbida la guenta bieja del nansú....

—No, paisano; yo no me olvido, era que yo no estaba aquí; estaba en la Capital y ahora fué cuando vine; pero no te apures, que ya estoy en buenas condiciones y te voy a pagar; es más, vamos a hacer nuevos negocios, porque yo estoy necesitada de algunos trajes.

—Baisana.... baisana.... Mira, la gosa está mala; tu no baga nada hace mucho; tu sabe Isaías se gomforma gon bogo; tu bagale una glabao todo lo sábado, tu ya no debiera nada y goje toda la tela tu guiere.... Pero tu no baga.... no baga nada, nada.... ¿Por qué, baisanita, tu no baga lo dos besos que tu debe?....

—Yo te voy a pagar esos dos pesos juntos. Tu verás; ahora yo estoy bien, porque tengo un marido americano que me da mucho dinero.

—Ah, tu tiene un baisano amerigano?.... Yo fío al baisano amerigano.... amerigano buena baga.... Tu no, tu no le baga a Isaías.... Amerigano gombromete a bagar día brimero, amerigano baga.... Tu no baga, ninguna baga.... dominigano bícaro, muy bígaro....

—Está bien, Isaías; precisamente, ahí viene John, espéralo para que sea a él a quien le fies lo que yo necesito.

En ese momento llegó el soldado norteamericano a que se refería Mercedita. El turco, con una sonrisita de alcahuete, lo saludó:

—¿Qué dice el baisano amerigano?

—Mi no dice nada, ¿sabis?- contestó con rudeza el yanquis.

—Oye, John, amorcito,- dijo Mercedita abrazando al yanqui y haciéndole entrar a la casa— este Turco es Isaías, marchante mío, y él nos va a fiar los trajes que tu me ofreciste para el día primero.

El yanqui se quedó mirando a Isaías y luego le preguntó:

—Ey, tu fía por mí, traje por Margarita.....

—Yo no soy Margarita... hasme el favor, Yonsito de no llamarme así; yo me llamo Mercedita.... tu Mercedita.....

—Oh!.... Mi equivoca siempre por tí..... Mi piensa tu Margarita; tu perdona por mi ¿sabis?

—Sí, corazoncito, yo te perdono...

Isaías, entonces, dirigiéndose al yanqui, interrumpió:

—Bor ti yo fía todo lo que tu guiera... Tu, amerigano, buena baga... Dominigano mala baga.....

—Bueno, Isaías, como tu no tienes telas buenas ahí, John y yo vamos a ir mañana por tu tienda para allí tomar lo que yo necesito, ¿tu sabes?.....

—Bueno, bueno.... Yo lleva aquí la burselina, la bergalina, la bergala.....

—No, no, no... No sigas, Isaías. Yo lo que deseo es crespón, piel de seda, etcétera... Así es que mañana iremos a la tienda....

Así quedó convenido, e Isaías continuó recorriendo el barrio, haciendo cobros, maldiciendo de los dominiganos bigaros, y ofreciendo sus percalinas, sus muselinas y sus percales baratos.

Ai día siguiente, como había quedado concertado, llegaron Carmelita y Jhon a la tienda de

Isaías, quien se encontraba allí en compañía de su hijo Jacobo. Isaías, al ver al yanqui y a su barragana, se volvió todo cortesías, y salvando el mostrador, fué a recibirlos a la puerta de la tienda, derrochando pródigamente el repertorio de sus reverencias.

—Oh, barsano amerigano!.... Oh, la barsanita Garmelita!.... Cómo tan los barsanos?....

—Venimos, —se adelantó Carmelita— a lo que hablamos ayer, a ver si consigo las telas que yo necesito y que John me va a regalar....

—Oh, sí!.... Mi paga por esta mujer día primero ¿sabis?....

—Oye, Isaías: tu tienes yoryé y crespón?...

—Esta e la gasa di Dios.... Téngala yor-yesa.... Téngala gresbona di toda la golor.... Tengala guales di golor entera y di rama muy bonita.... Téngala biel di seda... Pero la gresbona mío e la mejor gresbona guí hay en la blasa, baisanita, la mejora, la mejora.... Bur Dio santo, guí e la mejora.... Yo no engaña a la gliente buena como la baisano amerigana.... Todo a brecio di gosto; no gana nada, nada!....

—Pues, bien, Isaías, déjame ver el crespón color rosa y azul eléctrico....

Ah, la cléctrica no hay, baisanita.... Tu sábelas que la gombaña di la lú no da la gorriente di día....

—Me refiero al color eléctrico, Isaías.... Déjeme ver todos los colores....

Isaías, auxiliado por su hijo, comenzó a poner piezas de fino crespón en el mostrador, que Carmelita iba examinando minuciosamente.

—Oye, Isaías, córtame dos trajes de estos dos colores.

—Córtalo—aprobó el yanqui—quí mi paga por día primero.

Después de cortados los dos trajes, de a tres varas cada uno, el árabe advirtió:

—Esa gresbona vale tres besos singuenta centavos, gada bara....

—No importa, mi paga, —aseguró el yanqui

—Sí, sí, Isaías, no te apures, Yoncito paga... Ahora déjame ver el yoryé.

Varias piezas de georgette fueron puestas en el mostrador por Isaías y su hijo.

—Córtame tres trajes de estos tres colores.

—Córtale, mi paga por día primero.—Volvió a decir el yanqui.

E Isaías cortó los tres trajes, mientras decía:

—La yoryesa búngala a dos besos bara....

—Oye, Isaías, déjame ver las medias más finas que tu tenga....

—Enséñalo, enséñalo, mi paga por día primero....

E Isaías trajo varias cajas de medias, diciendo:

—Dos besos singuenta sentabos, gada bar...

—No te apures—dijo Carmelita— ponme una docena en colores surtidos, y déjame ver la piel de seda para refajos.

—No apúrese Isaías, —repitió John—mi paga medias, mi paga por rifajos.... Mi paga toda esta mujer quiere, por día primero.

—Sí, hombre; si Isaías lo sabe; ¿Tu no tienes zapatos buenos?

—Ah, baisanita; yo siéntelo mucho, bero no benda sahato....

—Qué cosa esa!.... Yo quería que toda la cuenta fuera a tí, para que tu hiciera una buena venta,, y además para que no hubiera confusión

con cuentas en diferentes tiendas.—Se lamentó Carmelita mientras Isaías le cortaba la piel de seda para doce refajos.

—Yo también lo siento mucho, baisana, bero no bendo sabato....

—Ah, caramba! —exclamó Carmelita, concibiendo una gran idea—podemos arreglar la cosa muy bien, Isaías.

—Cómo arreglarla?... —preguntó el turco con cierta desconfianza.

—Pues muy sencillo, —agregó Carmelita— allí, en L. Paloma, hay unos zapatos muy bonitos a siete pesos, cada uno, que me gustan mucho. Como yo necesito tres, tu me das el dinero y después Yoncito te lo paga todo junto el día primero.....

—Sí, sí,.... —asintió el yanqui—mi paga todo por día primero.

—E que lo siento mucho, baisano, bero yo no hago esa glase di negocio....

—Pero son tonterías tuyas, Isaías, porque para tí es lo mismo, y además, tu no debes ser así, con clientes como nosotros, que te hemos comprado más de cien pesos; porque esto no es fido. puesto que estamos a catorce y el día primero tienes tu todos tus cuartos en las manos.

—Oh, sí!.... por día primero pagan por mí, y mi paga por tí todo, todo....

—Bero e gue yo no buedo, baisanita, borge yo no agostumbro esa glase di negocio....

—Pero tu si eres torpe, Isaías—insistía Carmelita— ¿Tu no sabes que todo los meses nosotros te vamos a hacer compras grandes, y si tu disgusta a John, por una sencillez como esa, entonces él no va a querer comprarte más a tí?.... Y además Yamil siempre hace esos negocios conmigo, lo que pa-

sa es que yo quería que fuera a tí a quien te hiciéramos la cuenta.

El turco quedóse pensativo un rato, consultó a su hijo en árabe, miró al yanqui, a Carmelita: fué y contó el dinero que había en el cajón, y luego se decidió dirigiéndose al americano:

—Bueno, baisano amerigana; yo no hago, esa negocia gon nadie, gon nadie.... Bero bor ser a tí, no bígaro gomo dominigano, yo boy a brestar el dinero bara lo sabato; pero a mi no mi gusta la negocio di brestamista....

—No apurarse, Isaías.... Mi paga por día primero todo.

Y Carmelita, sonriendo de satisfacción, recibió de manos del árabe, veintiun pesos oro en flamantes billetes de banco. Luego recogió todos los paquetes de telas y medias, llamaron un automóvil, y el yanqui y élla partieron regocijados, despidiéndose afectuosamente de Isaías, a quien le dijeron:

—Bueno, Isaías, te salvaste con esta venta, después no te quejes de mí. El día primero se te paga todo.

—Oh, sí... Día primero mi paga todo, todo...

El día primero, Isaías, a las tres de la tarde, estaba a la puerta de la casa en donde vivía Carmelita. Tocó varias veces, sin recibir contestación. Volvió a tocar y una vecina salió y le dijo:

—¿A quien busca usted, paisano?

—A la baisanita Garmelita la Vegana, gue vive con el baisano amerigano....

—Ay, paisano, no los busque, pues hace una semana que se fueron para Haití!....

Isaías se quedó con la boca y los ojos

abiertos mirando a la vecina, y al fin exclamó:

—Bara Haití!.... Ah, la baisana jarandina!
ra!.... La dominigana bígara; pero la dominigana
junta la amerigana, son ladrone, pilla, sambar-
güenza.... Pobre Isaías guiebra la tienda, roba la
la tela, roba la media y roba la cuarto también!...

Ah! la jarandina baisana amerigano!....

SEGUNDA PARTE

**C U E N T O S
C R I O L L O S**

LA BUENA SUERTE DE JUANITO

El niño Juanito era un niño muy simpático y alegre. Siempre estaba sonriendo y jugando con sus amigos. Un día, cuando estaba jugando en el parque, se cayó una moneda de oro. Juanito se alegró mucho al encontrarla.

La moneda era muy antigua y tenía un dibujo de un rey. Juanito se la guardó en su bolsillo.

Al día siguiente, Juanito fue a la escuela. Cuando estaba jugando con sus amigos, se cayó la moneda otra vez. Juanito se alegró mucho al encontrarla.

La moneda era la misma que la que había encontrado el día anterior. Juanito se la guardó en su bolsillo.

BUENA SUERTE
DE JUANITO

Al día siguiente, Juanito fue a la escuela. Cuando estaba jugando con sus amigos, se cayó la moneda otra vez. Juanito se alegró mucho al encontrarla.

La moneda era la misma que la que había encontrado el día anterior. Juanito se la guardó en su bolsillo.

Al día siguiente, Juanito fue a la escuela. Cuando estaba jugando con sus amigos, se cayó la moneda otra vez. Juanito se alegró mucho al encontrarla.

La moneda era la misma que la que había encontrado el día anterior. Juanito se la guardó en su bolsillo.

Al día siguiente, Juanito fue a la escuela. Cuando estaba jugando con sus amigos, se cayó la moneda otra vez. Juanito se alegró mucho al encontrarla.

La moneda era la misma que la que había encontrado el día anterior. Juanito se la guardó en su bolsillo.

LA BUENA SUERTE DE JUANITO

A CUATRO leguas a la redonda, no podía localizarse otro muchacho que tuviera, cuando más, la cuarta parte de la buena suerte que Dios le había dado al dichosísimo de Juanito, un mocito de unos catorce años, hijo de la buena de Carmelita, a quien, dicho sea entre nos, llamaban por mal nombre, "Punta Pará", yo no sé por qué.

Juanito era, pues, el muchacho que tenía mejor suerte para encontrarse objetos perdidos. Parecía que tenía agentes especiales en los bolsillos de cada prójimo para provocar roturas, por las que se escurrieran las monedas, las que, al caer al suelo, tomaban unánimemente la determinación de no dejarse ver de nadie, hasta que Juanito pasara junto a ellas.

De ahí que no transcurría un día sin que a la vuelta de un "mandado", no le enseñara Juanito a su madre una moneda o un objeto cualquiera, diciéndole:

—Mira, mamá, lo que me encontré...

—Mi hijo, dónde?

—Yo iba caminando por la acera de la calle tal y al doblar la esquina, miré al suelo y ¡ras!... me lo hallé....

Y la satisfecha de Carmelita, cada vez que su hijo traía cualquier cosa que había puesto en su camino su pródiga estrella, exclama llena de orgullo:

—Ay, Dios mío, mi hijo querido si tiene

suerte! Dios me lo guarde. Yo que digo que este muchacho se va a encontrar un día una fortuna!....

Y gozosa de comunicar el suceso a su vecina y comadre, María de los Angeles, una vendutera de comestibles criollos que vivía en la casa contigua, corría al patio voceando:

—Comadre Sángele!.... Comadre Sángele!..

—Qué dice, comadre Carmelita, —contestaba la otra—.

—Pa enseñarle estas tijeras que se encontró Juanito.... Fíjese qué buenas!...

—Ay, Dios mío, qué muchacho que tiene suerte! —exclamaba la vecina.

—Sí, hombre; y unas tijeras, yo que no tenía y que tanta falta me hacían....

—Qué bueno, comadre Carmelita!...

—Y ayer, cuando lo mandé a llevarle la ropa a Doña Fefa, se encontró un anillo de oro....

—Sí, comadre, usted me lo enseñó....

—Y los otros días lo mandé a llevarle un traje a las señoritas Ferrero, y ¿ah que usted no me dice qué se halló?....

—Un par de cubiertos de plata. ¿Usted no se acuerda que me los enseñó?

—Ah, sí, verdad!.... Y los cuartos que ese muchacho se ha encontrado!.... Un día se encontró cinco pesos oro, y lo raro que en vez de encontrarse una papeleta de cinco pesos, se encontró cinco papeletas de a peso....

—Eso es lo que se llama suerte, comadre Carmelita!..... Yo quisiera que su hijo se encontrara unos espejuelos, para que me los regalara; yo que tengo la vista tan mala....

—Ah, pues pierda cuidado, comadre Sángele, que de momento se halla él unos espejuelos...

Yo siempre leo en los periódicos que se pierden muchísimos....

—Ay, comadre Carmelita, que Dios ilumine a Juanito y se encuentre unos espejuelos del mismo número que yo los necesito.

—Pues pierda cuidado, que no dilata en encontrárselos....

—Ay sí; porque lo que es Pedro, el hijo mío, siempre parece que anda alelao por las calles, pues nunca hay fresco de encontrarse nada!...

—Pues no lo culpe usted, comadre S Ángeles, que uno nace con eso.

—Eso sí es verdad; Pedro, el pobre, nació sin suerte. Figúrese, el otro día consiguió un empleito en La Habanera, y le pagaban tres pesos semanales; pero tenía que ir a las siete en punto, y un día, por que le cojló el sueño y fué a las nueve y media, lo botaron; le dijeron que ya había otro en su lugar.... Después lo coloqué en una botica, ¡una buena colocación, por cierto!... le daban diez pesos mensuales y la comida y casi no tenía que hacer nada; pero porque un día, barriendolo, rompió una vidriera y unos siete u ocho frascos de esencia y dos o tres docenas de polveras, de una vez lo despidieron.... Y no es porque él no sea inteligente, porque sí por aquí hay un muchacho inteligente, ese es Pedro el mío, pero desgraciadamente no tiene suerte....

—Pues a Juanito el mío, gracias le doy a Dios, le sobre la suerte....

—Así es, comadre Carmelita... Pues récele a los santos para que se encuentre pronto los espejuelos....

—Ya le digo a usted que no se apure, que él, con Dios delante, se los encuentra....

Pedro, el muchacho de la Comadre Sángeles, era el prototipo de la inercia, del descuido y del abandono; le faltaba mucho amor propio y no digo que le faltaba otro tanto de vergüenza, porque no quiero ultrajar a un muchacho tan joven como éste, que, tal vez con el decurso del tiempo, pueda reaccionar, y entonces tomarme a mal el haberle tratado como desvergonzado, cosa que estoy seguro no me perdonaría nunca. Y además, porque puede ser muy bien que Pedro no fuera en realidad un desvergonzado, sino un filósofo precoz, para quien las cosas de la vida terrenal nada tienen de importancia.

Por boca de su propia madre, han podido ustedes ver el calibre de este muchacho en lo que respecta al cumplimiento de su deber, y para afianzar más lo dicho por la comadre Sángeles, vamos a referir este hecho:

Un día en que la comadre Sángeles iba a hacer unas tortillas, mandó a Pedro a que le comprara dos centavos de harina de trigo, con el fin de prepararlas. Pedro fué a la pulpería más próxima y preguntó si había harina; le contestó el pulpero que no; al ver Pedro que éste envolvía unos polvos blancos parecidos a la harina, le preguntó:

—Y eso qué es?

—Bicarbonato de soda... Le contestó el pulpero.

—Pues deme dos centavos de eso.

Pedro pensó que como la harina y el bicarbonato de soda se parecían un poco, darían el mismo resultado, criterio éste que le costó a la pobre Sángeles los cinco huevos que había batido para la tortilla.

A Pedro le estaba cargando ya demasiado el oír, constantemente, a su madre y a su comadre

Carmelita, hablando de la buena suerte del hijo de esta última, y como la suerte de él era tan negra, comenzó, como todo humano, a sentir envidia a su vecinito. Máxime porque su madre, cuando lo increpaba por su falta de tacto, le decía: "No te dá vergüenza ver a Juanito, el de mi comadre Carmelita, tan listo, que siempre se encuentra algo, mientras tu anda durmiendo por las calles. La suerte es de quien la busca y tu no busca nada.... Abre los ojos, muchacho, abre los ojos!...

Pero a Pedro no le valía andar con los ojos como dos busuases de tan abiertos, y ni siquiera le era mérito, para encontrarse algo, registrar, de vez en cuando, los zafacones de la basura de las casas de comercio.

Una mañana, como a las diez, estando Pedro en la acera de su casa, pensando profundamente en la inmortalidad del cangrejo, miró distraidamente hacia la calle arriba y vió tal cosa que, dando un salto—por cierto, el primer salto que dió en su vida— salió huyendo hacia el interior de la casa, llamando a su madre:

—Mamá Sángeles!.... Mamá Sángeles!....

La comadre Sángeles, que estaba en la cocina, salió desesperada, pensando, en el primer momento, que había cojido fuego el altar, en donde tenia encendida una lamparita al Anima Sola, para que ayudara a Juanito a encontrar los espejuelos que élla necesitaba....

—Muchacho, qué es!.... qué pasa!....

—Corra, venga a ver!.... —insistía Pedro

La vieja salió a la puerta de la calle y al ver lo que le señalaba su hijo, exclamó:

—La virgen nos ampare!....

Y salió corriendo para donde su comadre Carmelita, llamándola desesperadamente:

—Comadre Carmelita!.... Vecina comadre!.... Carmelita vecina!.... Corra, venga a ver!....

La comadre Carmelita, que estaba en ese momento mondando cebollas para sazonar la carne, salió apresuradamente de la cocina, con los ojos lagrimeantes y limpiándose las manos en su delantal.

—Corra, corra, Comadre, venga a ver!....

—Gritaba Sángeles.

—Corra, corra, venga a ver!....—vociferaba Pedro—....

—Pero qué pasa, Dios mío, qué es lo que pasa?....

Y Pedro le contestó en un grito, que nadie sabe si era de angustia o de alegría....

—Venga, que Juanito el suyo se ha encontrado un policía!....

Y en efecto, en ese mismo momento, pasaba un policía llevando, casi a rastras, al pobre Juanito, quien entre sollozos, hacía protestas de inocencia.

La comadre Carmelita tuvo un presentimiento amargo y se echó a llorar....

La comadre Sángeles tuvo otro presentimiento, también amargo, y pensó con tristeza en los espejuelos que le hacían falta...

Y Pedro sintió, por primera vez, honda satisfacción por su manera de ser.

EN DIA DE REYES

HOY a presentarles a ustedes a un pobre muchacho que vive por mi barrio. Se llama Napoleón Bonaparte Cepeda, tiene unos doce años, es de color trigueño, pero el sucio acumulado desde mucho tiempo, lo hace pasar por negro, como son sus ojos, y como son sus cabellos, q. serían lacios si, por algún fenómeno en la vida de este muchacho, hubieran, alguna vez, recibido la disciplina del peine.

Napoleón Bonaparte es su nombre, porque allá, en la niñez de su padre, el bueno de Neno Cepeda, éste se enamoró de este nombre cuando por primera vez, lo macujeó en algún texto de historia universal. Sinembargo, este nombre, rimbombante para el pobre muchacho, es lastimosamente adulterado, porque todo el barrio no le dice más que Napoleón Buenaparte.

Y en realidad, el pobre Napoleón, si no es una buena parte en la humanidad, con relación a su ilustre tocayo, al menos es una buena parte en lo tocante a su maldad y a su malicia. El no es malo porque lo ha querido ser, sino porque jamás ha tenido en la vida una mano que le indique el camino del bien y por eso va comenzando a caminar por el mundo, a tuestas y a locas; y como el sendero del mal es, fatalmente, el más expedito, por ese sendero se aventura este Napoleón Bonaparte, quien, sin duda, llegará a caer en el Waterloo que su oscuro destino le aguarda.

Buena-parte, entre los muchachos de mi vecindario, es el rey de los maldicientes. Bate un record como malicioso y pícaro en sus juegos, en los cuales siempre gana, cuando no por la suerte, por sus puños, o por su boca, sin freno, para proferir, como una catarata, todas las malas palabras y todas las obscenidades.

Para Buena-parte solo hay una cosa en la vida, a la que le teme como el diablo a la cruz. y esa cosa es el "tirapiés" que utiliza para trabajar su padre, que es zapatero remendón.

Buena-parte se retuerce más de cinco veces al día bajo las caricias violentas del tirapiés, blandido por la mano airada de Neno, quien no piensa mucho para castigar a su hijo por todas las barbaridades que éste hace al día, no logrando, con esto, modificar la conducta del muchacho, sino llenar su cuerpo de cardenales, que luego la madre, la paciente y sufrida Teresa, tiene que curar con fricciones de sebo con sal y, a veces, hasta con árnica, toda vez que, en más de una ocasión, la ira de Neno ha hecho que una horma de zapato se estrelle contra la cabeza de Buena-parte.

La vida constante e ininterrumpida del pobre Buena-parte puede resumirse así: cuando él no está haciendo gritar a algun vecinito, a fuerza de trompadas, Neno lo está haciendo gritar a él a fuerza de revencazos con el terrible "tira-piés".

Y era un día seis del mes de enero. La mañana era triste por lo húmedo del suelo y por lo gris del cielo. Pero era alegre, desde varias horas antes de amanecer por completo, por la bullanguería de todos los muchachos de la vecindad que corrían, de una parte para otra, tocando pitos, cornetas, tambores y enarbolando payasos, caballitos, cochecitos y otros miles juguetes que los

Reyes Magos les habían dejado junto a sus zapatitos, la noche antes.

La algarabía de los muchachos rebosantes de júbilo iba y venía, calle arriba y calle abajo.

—Señores —gritaba uno—vamos a ver qué le pusieron a Fellito!!....

—Vamos, vamos!!.... —contestaban todos.

Y así iban de casa en casa, preguntando y admirando los juguetes de sus amiguitos.

—Fellito, ¿qué te pusieron los Reyes?

—Un velocípedo y una pelota.

—A mi me pusieron un ferrocarril—advirtió Carlitos—pero parece que los Reyes no se fijaron al comprarlo, porque no funciona bien.

—A Juanita le pusieron una muñeca, más linda!!....

—Ay!....pero como la que le pusieron a la Maruca; es una muñeca vestida de azul, casi más grande que yo!....

—Yo no sé —comentó uno—por qué los Reyes le pusieron a Maruca esa muñeca tan linda, porque élla sí es odiosa!....

—Pero como su papá tiene tanto dinero, y tiene tienda, y tiene muchas vacas en el campo!....

—¡¡¡¡¡Iija!.... Los Reyes no tienen que ver con eso; los Reyes le dan juguetes a los muchachos buenos, aunque sus padres sean pobres.

—Ay, Papá!.... Ese sí que no es así!.... —protestó uno enarbolando humildemente una mísera maraquita—Yo siempre me he fijado que los niños que tienen papás ricos son a los que les dejan los mejores juguetes.... Yo algunas veces ni creo en los Reyes, porque tan bien como me porto yo, y vean la porquería que me pusieron, un juguetico que lo venden a diez cheles.... Como mi mamá es muy pobre....

—Te va a embromar;—advierde muy serio Carlitos—diciendo que no hay Reyes!... Cuando te mueras te va a llevar el diablo!... ¡Ay, tu si te embromaste!...

Periquín, un nenito de unos dos años y medio, interviene en la conversación de los demás, enseñando un bonito payaso y una corneta dorada:

—Po yo si cleo en lo Leyes... Ve lo que me pucheron a mí... A Losita y a Malia le pucheron do muñecas; una glande pa Losita y ota ma glandota pa Malia, porque como Malia e ma glande que Losita, po leso le pucheron la ma glande....

—Señores, señores!!!.....—gritó uno—Allá viene Buena-parte, corramos a ver lo que le pusieron los Reyes!!!....

—Ay, sí, vamos!!....

—Vamos, vamos!!!....

Y la muchachería corrió al encuentro de Napoleón Bonaparte Cepeda, que venía de la pulpería a donde había ido a comprar media libra de azúcar para el café que colaba su mamá.

Napoleón traía la cara, más o menos, como la que pondría su ilustre tocayo cuando lo confinaron en Santa Elena.

Cuando el pobre muchacho vió el grupo alegre que le iba al encuentro, pensó desviarse para evitarlo, pero al fin se detuvo y esperó resignado.

Y llegó hasta él la avalancha infantil desbordándose en preguntas:

—Qué te pusieron los Reyes, Buena-parte?....

—Enséñanos tus juguetes, Napoleón....

—Yo creo que los Reyes no le pusieron nada a éste, por feo y por mocoso—advirtió Carlitos.

Buena-parte quedose mirando a Carlitos con

cara de diablo acorralado, y al fin, tratando de abrirse paso, exclamó:

—No me fuñan!!!....

—Pues dinos qué te pusieron los Reyes, Buena-parte!.....

—A mí no me pusieron na, caray!!!.....

—exclamó en un grito de desespero, Buena parte.

Una ruidosa risa correada partió de la turba infantil, inocentemente cruel con los desheredados de la fortuna. Y todos,, saltando alrededor de Buena-parte, gritaban alborosadamente:

—Yé!....yé!....yé—yé—yé—yé!....Yé!....yé!....yé!—yé—yé!..... —No lo dije yo, que por feo y mocososo no le pusieron dada?—gritó Carlito....

—El feo y el mocososo es tu taita!....atrevig!.... —exclamó Napoleón disponiéndose a no soportar más....

—El tuyo—contestó Carlitos.— Ese gagoso rastrero, muerto de hambre, que no tiene en qué caerse muerto!....

—El tuyo si tiene mucho!.... Robando e que lo puede tener!....

—Tu máma, esa rastretera, pata polvosa, es la ladrona!!....

—La tuya, que es una chiva!!....

—Últimamente!!!.... —gritó Carlitos—Tu máma, tu taita, tu abuelo el tuerto, toda la arena del mar, todas las estrellas del cielo, el librito de Dios y si hablas una palabra más eres hijo mío!!!..

—Yé!.... yé!.... yé—yé—yé!.... Lo lavaron con jabón de cuaba!....—Volvió a gritar regocijada la turba.

—Voy a que no hablas una palabra más, Buena-parte!—Desafió Fellito:

—Yo hablo to lo que me de la gana, la boca es mía!—contestó Buena-parte.

—Iiija!.... Buena-parte está bravo porque no le pusieron nada los Reyes, pcr malo, por mal-criado y por feo!!!.....

—Ven tu, atrevío, descolorío, jijo e la mala!.. —Exclamó Buena-parte enfrentándose al que le había insultado.

—Y qué?.... qué va tu a hacer, ¡Tío Vivo e porra!!!.....

—Yé!....yé!...., le dijeron Tío Vivo, lo mataron!!.... —Volvió a gritar la turba al redor del turbado Buena-parte.

En eso llegó hasta el grupo de muchachos la voz de Neno Cepeda que gritaba desde su casa!....

—Napoleón!..... Napoleón del diablo, date prontooooooooo!.....

Al oír Napoleón a su padre, salió huyendo hacia su casa, mientras la turba infantil lo despedía con mofas de todas clases; pero Napoleón siguió corriendo sin hacer más caso a sus burladores, y al entrar en su casa, fué recibido por Neno, quien, cuando lo tuvo al alcance le descargó tan grande pescozada, que el paquete del azúcar cayó por una parte y el pobre Napoleón fué a caer por otra, dando tumbos, llevándose, antes, una silla de encuentro.

Napoleón no lloró....

Silenciosamente quedó sentado en el mismo sitio en donde cayó, mirando con terror a su padre, pasándose la mano por la parte golpeada y como diciendo para sus adentros:

—Qué Santo Rey me ha dado Dios!....

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

SABADO DE LA VIRGEN

UANDO Pedro Antonio se levantó de su cama, que la componía un catre de tijeras con forro de fuerte-azul, muy limpio, y fresca colcha roja a ramos blancos, ya las zaetas del sol, traspasando por las indiscretas rendijas de los setos de tablas de palma, ponían heridas luminosas en la semi oscuridad del aposento, mientras las clarinadas de los cantos de los gallos en trabas, entonaban un himno al día....

—Te cojió el día, hombre de Dio!....—le gritó su diligente mujer, desde la cocina, en donde hacía rato que tenía élla colado el aromático café.

—Y tu ha tenío la culpa, pué te dije anoche que me llamara al primei canto del gallo,—reprochó él.

Y ya en el patio, Pedro Antonio tomó agua clara de la fresca tinaja, en un pulido embase de bangaña, y púsose a lavar la cara, escurriendo el agua de entre sus manos, para caer en la amplia batea que le servía de jofaina.

Poco después, chorreando el rocío de sus empapados calzones, llegó Pedritín, el hijo mayor de Pedro Antonio, trayéndole su brioso caballo alazano, que tanto andaba por lo largo como por lo corto, y del que era fama de que en todo el lugar no había otro que tuviera un paso más natural.

Era sábado, y Pedro Antonio se preparaba

para ir a Santiago a hacer la venta de su cosecha de tabaco, que ya una numerosa recua llevaba, con varias horas de delantera.

Después del café, tomado en amplio jarro de hoja de lata, el buen hombre de campo tomó el desayuno, un espléndido "mangú" de plátanos verdes y varios huevos fritos, mientras Cuquita, su hija menor, le lustraba sus zapatos y sus viejas polainas, oficiando de betún varias flores de Cayena.

Más luego, cuando ya había dado la bendición a sus hijos que le hacían encargos de dulces, y habiendo recibido el "vaya con Dió y la Vinge" de su amorosa mujer. Pedro Antonio partió, clavando las espuelas en los sensibles ijares de su noble bruto, que, dando saltos, salió a todo lo largo de su andar por el empolvado camino que "llevaba" al pueblo.

Al cuarto de hora de caminata, Pedro Antonio refrenó su caballo y se detuvo. Fué que miró a Señor José Merced, que caminaba, medio encorbado por los años, por la otra vereda. Lo saludó voceándole:

—Bueno día, señor José Meicé, y uté, cómo amaneció!....

—Ello poco má-je-ná, mi jijo!.... Y puá llá, cómo tan?....

—Entreveraito, señor José Meisé. ¿Y siña Maica, cómo sigue?

—Ahí, siempre con su sachaque.... Ya nojotro no jallamo que jaceile a esa mujei pa que se sane. Manque yo arco que e la sepoitura que la tá llamando, poique a nojotro lo viejo eso e lo que no quea en ete mundo....

—La probe, siña Maica!.... Pero ello hay

que tenei eperansa en Dio, porque mientras e la-
ma ta enei cueipo hay que jacci deligencia....

—Ya nojotro la ano jecho, mi jijo, solo no
faita llevaila ai pueblo pa que la vea un dotoi y
la desamine.... Hoy vamo a vei si preparamo la
litera....

—Y qué le an dao utede?

—Nojotro le amo dao de tó, pero no hay
freco de que se mejore, to lo día pioi. Agora le
han caío una correlacione que la tan dejando
enei güeso....

—No me diga!.... Vean qué cosa!.... Lo
que e bueno pa la correlacione e la tisana e cáca-
ra de cajuí colorao....

—Se la amo dao y ná, le siguen.

—¿Y utede no le an dao la tisana del
roble, del lao que sale ei soi?

—También se la amo dao, y ná....

—Pué e etraño, porque esa tisana e jun
cuchillo...

—Ya te digo, mi jijo, con Maica se a jecho,
de Dió sabajo, to lo que se ha podío jacei, y no
a habío freco de mejorai....

—Pero no se apure, siño José Meicé, que
no hai que peidei la seperansa en Dió.... Bueno,
siño José Meicé, con su peimiso, que tengo que
llegai ai pueblo y se me ta jaciendo taide....
Quede con Dió y la vinge!....

—Que ello vayan con uté, mi jijo.

Y volviendo a tocar los ijares de su caballo
con las estrellas de sus espuelas, siguió adelante
hasta llegar a la pulpería del Vale Fico, en donde
se desmontó a tomarse la mañana.

Allí se encontró con varios vecinos del lu-
gar que, en cuclillas acariciaban sendos gallos de la
mejor calidad, y con ellos habló del “desafío” del
día siguiente:

—Y eso gallo,—preguntó—van mañana pa la gallera?

—Ello, pa eso lo tenemos....

—Tengo un “tre-cinco”, que si sale “al oro” con ese “gallínito” suyo, se lo echo, vale Mingo.....

—Con ete gallito no le tengo yo mío a naidie, y si “sale” coneí suyo no enredamo....

—Y pa ese “jiro-culebro” tengo yo un “cuatro-dó”, que si uté y yo no jaláramo se lo echara, vale Pepe....

—Ello, manque no no jalemo, vale Pedro Antonio, si no e con mucho cuaito pué sei que yo la vaya.....

—Pué mañana e fáci que no sencontremo.....

—Oiga, vale Pedro Antonio —gritó el vale Fico desde detrás del mostrador—¿uté no tiene uno pa ete. E “tre-ocho”, media epuela, y se lo echo a cuaiquiera que saiga “ai saco” coneí. Yo lo juego jata con la pluma.

—Jesú, vele Fico, pero si eze e un'elefante con pluma.... Deje vel...

Y tomando el gallo en sus manos lo examinó, y luego dijo:

—Si supiera, vale Fico, que yo tengo un pollito “canelo”, “tre-ocho”, pero me parece que ete le lleva epuela.....

—Adió, po álmelo y vamo a vey si no pegamo. Ete pollito e de la crianza del vale Felí Muñó.... ¿uté se scueida del gallo “primavera” aqueí que tenía el vale Felí?

—Aqueí que jugán con cien onza elaño pasao con un “cenicito” de Feliciano Pere y que a lo tiro tumbó y mató...

—Ei memo que bite y caisa!.....

—Ah, pero eso no son gallo, eso son hom-
brecito peliando.... Pero el canelo que yo le digo
e gallo patiadoi, que no se “mete” y e cojedoi
como ei diantre.... Si a ese pollo no me lo ma-
logran a lo “tiro”, el’otro lleva qué contai, poique
ese no julle ni an que lo manden.... Bueno,
señore, déjenme dí, que voy paí pueblo y se me
tá jaciendo taide... Mañana no veremo...

—Si Dió quiere, no veremo.... ¿Y uté no
va a la fieta de eta noche.?

—Y adónde hay fieta?

—A case e María e Caimen... Dicen que
va a quedai de chupe uté y déme ei cabo... Vie-
nen mujere de toa palte...

—Ah, pué e de mujere?.... yo creí que
era de muchacha....

—Sí, e de mujere, pero dicen que de muje-
re reseibá....

—Bueno, pué taivé voy.... Jata luego, en-
tonce....

—Jata luego, vale Pedro Antonio.

Y el caballo vuelve a arrancar brioso, y sus
pisadas repiquetean en el empolvado camino, co-
mo haciendo compás a la vez de un mozo que
desde un conuco cercano, canta, mientras des-
yerba:

Ei toro pita en la loma
y yo canto en la bajá,
ei toro poi su novilla
y yo poi mi enamorá.

A vece siembro mají,
e’laima caigá de amore
y tanto yo pienso en tí
que lo que se dán son flore....

EL BAÑO

La noticia cayó como una bomba, en aquel rústico corrillo de campesinos.

El vale Fidel acababa de desmontarse de su potro, en el que había ido al pueblo, llevando y trayendo, sobre el arzón de la silla, a la raquítica y diminuta Anatalia, Talita, una pequeñuela de unos once años, a quien las lombrices y las fiebres habían tomado como campo favorito para hacer alarde de su capacidad destructora.

Todos salieron a enconralo.

El viejo seño Mendez, había tomado a la niña en brazos para que el vale Fidel se pudiera desmontar, porque además de la niña, traía una funda de tela de algodón conteniendo varias botellas llenas de medicinas y otros objetos que le habían encargado trajera del pueblo.

Todos, casi a coro, preguntaron:

—Qué dijo ei dotoi?....

El vale Fidel, luego de amarrar la rienda de su caballo en el tronco de un naranjo y de quitarse las espuelas, subiendo los pies, por turno, sobre una silla con asiento de cuero de chivo, contestó con cierta importancia:

—Bueno, ei dotoi la desaminó, bien desaminá, y dipué me dió esa medecina que ta ahí en la funda. Ei me deplicó cómo debían dáisela. La de la botella grande.... e desí.... la de la botella chiquita....no.... bea carai, agora no me acueido yo

cual é!.... Bueno, una desa botella e pa dáisela tre bece ai día.... Otra e pa cuando se acabe la primera, se la den en la misma foíma, y la otra.... y la otra.... Bueno, la otra debe sei, ma jo meno lo mimo; pa dáisela cuando se acaben la do primera....

La comai Caimen que estaba oyendo con atención, pues élla era quien, desde muchos años, administraba la medicina a todos los del vecindario, replicó:

—Oiga, Vale Fidei, me pareco que eso no etá muy bien deplicao asina.... El dotoi debe habei dicho de otra manera....

—Ei dotoi dijo de otra manera, pero, ma jo meno, dijo lo mimo que yo e dicho.... La tre botella son pa dáisela; désela una atrás y otra alante; me parece a mí que e lo mimo, poique e lo mimo atrás que en la sepaída....

—Bueno, y qué e lo que élla pué comei....

De comei no me dijo ei ná.... y como ná me dijo, e señal de que la muchacha pué comei de to.... Poique dice un refrán que el que calla otoi-ga.... Lo que sí me encaigó el dotoi fué que le Jieran baño de agua fría to lo día, pa la calentura ...

Aquí fué Troya, si es que no lo ha sido en otra parte... El viejo, q. estaba sentado en un rincón, fumando su cachimbo, dió un salto como si un alacrán le hubiera andado por las asentaderas; la Comai Caimen abrió una bocaza tal, que no se recuerda haber visto tinaja que la tuviera igual; la madre de la niña; Marie Dolore, por poco cae accidentada; el vale Perico, que se encontró casualmente en el caso, le dió una mordida al cigarro que fumaba, que por poco lo tritura; en fin, todos demostraron tal asombro con las últimas palabras

del Vale Fidel, que éste se quedó tan asombrado como sus convecinos, no dándose cuenta del crimen que había cometido.

La primera en recuperar el uso de la palabra, fué Marie Dolore, la madre de la niña, quién, abrazándose a ella, casi gritó:

—Ay, jijo de mi sentraña, qué dotoi sin corazón, cómo me la quíe matai!!!!.....

La Comai Caimen, recuperando su serenidad, se encaró con el vale Fidel:

—Uté ta loco, vale, o ta dibariando?....

—Yo nó; será ei dotoi.... —se defendió diciendo el vale Fidel.... Y el viejo seño Mendez, como en una lamentación, exclamó:

—¡La vingen no sampare!.... Lo que se ta biendo enete tiempo, no se había bito nunca!.... Miren, que recetalle baño a la angelita!.... una angelita tan nueva, cómo va a resetí un baño, y enfeima meno!....

—Pero eso no pué sei.... ei vale Fidel debió habeí oío mai.... Poique yo no creo que lo dotore sean capace de mandai a jacei semejante cosa!....

—Po yo si no lo dudo,—volvió a decir el viejo Seño Mendez....—Lo tiempo tan cambiando mucho y ya lo dotore le simpoita poco que ei prójimo se muera.... Poique recetalle a un critiano un baño, e daile su sentencia e muíte, y másime una criaturita como eta, enfeima.

—Pero lo que é a la muchacha si no me la bañan,—dijo resueltamente la madre— Quien a bito que baño e medecina, ante ai contrario, que lo baño jacen ma mai que bien....

—Tu a dicho elevangelio, mi jija,—aseguró el viejo Mendez,—yo tengo 65 año encima, y me bañé una sola vez en mi vida; eso sí, que la toi pa-

gando, porque de otra cosa no me bienen a mi eto dolore de reumatimo que me tan matando....

—Adió, siño Mende? y uté no se acueida lo que le pasó a la vieja Lola, que en pa decanse?.... La vieja Lola, una mujer que nunca se había bañado, y resulta que un día, ¡lo que ba a pasai!, amaneció con gana de bañaise y se fué alarroyo, y al dice a tirai al'agua rebaló y se rompió un brazo y se dió tanto de lo divino golpe con la piedra, que jata que no se murió etuvo padeciendo.

—Y el Vale Taté, aonde me lo dejan utede?.... Ei vale Taté, ei probe, esa pata que tiene mocha, que se la mochán enei pueblo, fué de resulta de una bañá.... Adió, un día fué alarroyo, y ai dice a tirai ai chaico, rebaló y se paitió la pleina derecha; lo llevan ai pueblo, y de allá bino con muleta, y renquiando etá jata la fecha.

—Pero si esa son temeridade de la jente.... Si hai un refrán muy veidadero que dise que la cácara guaida ei palo.... ¿Y qué e lo que jasen lo baño?.... Quitaille la cácara a uno.... Uté ve, si la muchacha juera jija mía si no la bañara!.. que se juera ei dotoi a la porra con su baño!....

—Ay, papá!.... pero e que yo no la boy a dejai bañai!.... —exclamó Maric Dolore.

—Pero quién tá loco, señore, pa semejante baibaridá...

—Yo, con la ricomendación esa del baño, jata a la medicina esa le e cojfo dicosoi....—Exclamó la Comai Caimen mirando las botellas con desconfianza.....

—No: la medicina no, porque esa son'otra cosa.... Pero ei baño!.... Jesús, ní pensailo quieto....

Y María Dolores, apretando contra su pecho a la niña enferma, como en una maternal defensa

contra un peligró inminente, dijo hablando con la enfermita:

—Vé, mi jija!.... Qué d'otí ese tan malo, dique bañáite!.... Aquí cabe ei dicho aquei dei pueblita: ¡qué va gallo!....

MIS VECINOS

U O tengo una vecina que es una alhaja....

Es una vieja, freidora de empanadas, de unos setenta años, fuerte como un roble; india oscura, alta; su cabeza, si está llena de canas, nadie lo sabe, porque siempre la lleva tocada con un pañuelo de "médraz", que se amarra con tal donaire, que en sus tiempos debió valerle ésto para muchos requiebros; usa bata morada a grandes ramos y con cola real, para las fiestas de campana gorda, pero para los oficios de la casa, lleva siempre un camión de lisiado, que ya tiene muchos remiendos.... Dice élla que se llama Doña María Magdalena Perez Vda. de Polanco, pero la gente simplifica este linajudo y rimbombante nombre y la llama corrientemente Siña Maga, y por mal nombre, los muchachos, al verla, suelen llamarla "Mama Cachimba", insulto que élla sabe responder con una bien recomendada retahila de improperios para la madre, el padre, la abuela, el abuelo y toda la ascendencia, hasta la décima generación, del osado que se atreve, en su presencia, a decirle el "dicho"....

Siña Maga se levanta al rayar el alba, y los primeros rayos del sol la sorprenden con su café colado, y con la harina o la catibía debidamente preparada para hacer la masa de sus empanadas, que son tan sabrosas, que no llegan a enfriarse en la bandeja. ¡Es tanta la demanda que tienen!....

Hay gente que tienen día, es decir, que en la semana tienen un día en que amanecen malhumora-

dos, de mala sangre, y para todo el mundo tiene: una cortada de ojo, o una mala contestación para toda pregunta. Siña Maga, parece que no tiene un día, sino un siglo, pues es fama, que en sus setenta años, no ha dejado de refunfuñar contra todo el que ha tenido relación con éila.

—Siña Maga,—le dicen, por ejemplo—¿todavía no están las empanadas?....

—Y a tí, qué te importa si están o si no están?.... Si están, están, y si no están, no están; que yo soy negra, pero en mí nadie manda: que para eso tengo mi casa propia, y me mantengo con lo mío: que a nadie le voy apedir un bocao...

—Pero, Siña Maga, yo no quise ofenderla....

—Sí, sí, todos ustedes son iguales; no vienen aquí más que a fastidiarme, pero a mí no; yo soy vieja pero no pendeja..... Usted no vé, la decoloría esa del lao, desde esta mañana me está voceando, que si están las empanadas, que si no están, que yo me he dilatado mucho, que ya yo no quiero trabajar.... Pero vamos a ver, ¿yo soy esclava de ustedes?.... Yo hago mis empanadas para vender y se las vendo a quien me dá la gana de vendérselas. porque esa harina y esa catibía, y esa manteca, no se las debo a nadie, y yo ya estoy muy vieja para estarle aguantando sinvergüencerías a tantas hijas de la mala..... Y que no se metan con migo!.... sobre todo esa decoloría, jipata e perra, que yo sí se la canto; porque yo sí no tengo pelos en la lengua, y para decirle la verdad a cualquiera, menos.... Yo porque no quiero desacreditarla, porque ahí como tu la vé, dándosela muchísimo con criadas, cocineras, luz eléctrica hasta en la letrina, automóviles y tanto lujo, esa ¡la probesita!.... Esa no vale una guayaba podrida.... Tu, naciste ayer.... pero

yo, yo, yo.... ¡Ay, mi jijo!.... yo he visto muchas cosas!.... Pero, cáyate, lengua, cáyate!....

Un día, de esos en que Señá Maga estaba verdaderamente "intransitable", llegué yo a comprarle dos empanadas, cuando aún el sol no había despuntado.

Siña Maga, al verme llegar, me recibió con una "cortada de ojo", saludo éste muy usual en élla.

—Buenos días, seña Maga—la dije— ¿Cómo ha amanecido usted?

No me contestó. Miróme de reojo y disparóme a boca de jarro, después de algunos segundos:

—No hay empanadas. Hoy no me dá a mí la gana de hacer empanadas!....

—Y por qué, siña Maga?

—Por lo que a nadie le importa, y por lo que mucho menos le importa a usted....

—Pero Siña Maga....

—No hay Siña Maga que valga; en mi casa y en mí, mando yo; soy negra, pero en mí no manda nadie; me levanto si me da la gana, me acuesto si quiero; y trabajo si me place; nadie puede mandarme a levantar, ni a acostar ni a trabajar, que si yo cómo, a nadie le pido la comía; si visto, nadie me da un túnico y si calzo, a nadie tengo que agradecerle una pantufla. Así es que si te ví, no me acuerdo y si me acuerdo, no sé dónde....

—Pero mire Siña Maga, que a mí me gustan mucho sus empanadas y cuando no las como, me parece que nada he comido.

—Pues quédate sin comer, que yo no te he mandado a cojer malas mañas....

—Y es maiá maña comer sus empanadas?

—Sí, señor; es una mala maña. Nadie se debe imponer a nada; usted debe comer cuando le da la gana y no comer cuando no quiere comer. Así le importaría poco el que yo hiciera o no empanadas hoy, porque poco le importaría comerlas o no.

Al otro día yo no fui a comprar empanadas en casa de Siña Maga. Pero ésta, al verme pasar, en la tarde, me llamó diciéndome:

—Dichosos los ojos que te ven, que parece que te han echao con sal!... Gracias a Dios que mis empanadas siempre se venden, a pesar de que tu no las compras; que para malos agradecidos, siempre están a la vanguardia... Una gente que los he mantenido yo siempre, dándoles de comer, y ahora ni siquiera me compran las empanadas... La suerte que a mí me dá lo mismo, y se pueden ir todos al diablo....

—Pero siña Maga, usted misma me dijo que no me impusiera a malas costumbres....

—Qué malas costumbres, ni malas costumbres!... Mis empanadas tendrán todo lo malo que se quiera, pero mucho se han matao el hambre con ellas... Para cojérmelas fladas, cuando están "galliendo" del hambre, vienen aquí, y entonces sí son buenas las empanadas de Siña Maga, y están bien hechas, y bien fritas, y son de muy buena catibía, y son frescos los huevos que le echo y de buena calidad la manteca... Pero cuando les caen unos realitos en las manos, no sólo se olvidan de siña Maga para pagarle lo que le deben, sino que entonces me desacreditan, diciendo que mis empanadas "jieden" a aceite de higuera, y la catibía hace daño al estómago, y los huevos que le echo están

“güeros”, y yo no soy más que una puerca.... Por eso es que nosotros tenemos que acabarnos todos, de un momento a otro, porque este mundo está perdido!.... La mala fe, las engañosas y los espueluses, son los que dominan. Si muy bien me lo decía mi taita, que era hombre de letra y que se sabía de memoria las profecías de Santa Isabel.... Llegarán tiempos, me decía, en que no habrá hijo para padre, ni padre para hijo, ni hermano para hermano, ni esposa para esposo, ni nadie para nadie; la habladuría imperará, y cuando uno le dé de comer a un vecino muerto de hambre, lo que hará será criar cuervos para que después le saquen a uno los ojos.... Y esas serán las señales de los fines del mundo. Y ya todo eso se está viendo claramente, por que ya no hay padre para hijo, ni hijo para padre, ni hermano para hermano, y a la pobre señora Maga todo el mundo está dispuesto a fuñirla de cualquier modo, quitándole lo de ella y plantarse luego de desacreditadores en las esquinas disponiendo de ella y de su honra... Pero yo no me apuro, porque yo soy seca y sacudía y medía por buen cajón; porque yo doy una vuelta en redonda y no hay ése que me pise la cola; que si soy negra, me pesa mucho el ruedo del túnico....

—Pero señora Maga, todo eso es contra mí?....

—Yo no sé contra quien es.... Al que le caiga que se la chupe.... Yo sé lo que digo y por qué lo digo.... Lo que tengo yo es que no saco a nadie, porque aquí nos conocemos todos, el que no cojea de una pata, es manco de la mano, y el que no es tuerto, vé torció.... Lo que tiene, que a mí si no me engaña nadie, porque yo soy gente avisá, que conozco al bizco durmiendo, al cojo sentao y al gagoso callao.... ¡Yo porque no quiero hablar!.....

ESCENA DE SUBURBIO

HNA mañana, cuando todavía el sol no había santificado las crestas de las montañas con el dorado óleo de sus rayos, ya estábamos de paseo por uno de nuestros más pintorescos suburbios....

No hay nada, para recibir típicas manifestaciones de nuestra gente del pueblo, como observarlas al amanecer.

Al amanecer, el espíritu está completamente al natural. Así como el físico se encuentra sin ningún afeite artificial, también el espíritu se muestra tal cual es, desvestido de modismos y de poses convencionales.

Por la mañana, antes de salir el sol, se sorprende la vida en todas sus manifestaciones íntimas, en todos sus verdaderos y puros caracteres.

Parece que el rocío de la noche lava a todas las cosas del pecado de la insinceridad, y las muestra tal como son en naturaleza.

Por eso, quien quiera sorprender las verdaderas manifestaciones clásicas de un pueblo, debe observarle al abandonar la cama, cuando esté aún dentro de la enervante voluptuosidad del espezado mañanero.

En esa mañana, pues, hemos caminado y hemos anotado en la libreta sin fin de nuestras impresiones, este episodio típico de nuestra vida en el bajo fondo social.

Una puerta, cuyas bisagras crujen, se entrea-

bre para dar acceso a una cara de mujer mulata y bravía, coronada por crenchas negras, crespas y despeinadas.

Aun se notan, en el rostro de esta mujer, las huellas de los pliegues de la almohada. Con su cabeza, se asoma también a la puerta un baho tibio de mugre y de aguardiente.

—¡Caimela!.... Caimela!.... —llama gritando....

—¡Caimela!.... Tu ta soida, degraciá!....

Y tras un breve intervalo, contestan de la vivienda de enfrente con otra pregunta:

—Quién me ta ñamando?....

—Quien va sei.... Yo, María de Jesús!....

—Y qué te jiede?.... —sigue preguntando la misma voz de mujer de la vivienda de enfrente....

—Pa decite que yo eto! encaprichá contigo.... Anoche no vino Josesito a doimi aquí, y yò na má quisiá sabeí una cosa....

—Qué cosa e la que quíe sabeí, Maria e Jesús?....

—Que a mi me dijieron que Josesito taba hablando contigo ayel, cuando ei venía de Labanera.

—Y quién fué la jija e la mala que te dijo eso?....

—Una que lo sabe muy bien; y además, a mí no tenían que decímelo, poique ya yo sabía que tu tenía la mala maña de quitalle lo macho a la sotra mujere.... Pero, ayayay!.... Yo namá quisiera tai segura de que tu tiene a Josesito al trancao.

—Adió, po si tu cree, ven a vei...

—Yo no tengo que dí a vei ná!.... Yo lo que te aivieito e que mejoí te meta con el diablo y no conmigo, poique yo si no soi la zoqueta e la

Paula, a quién tu la pusite de mojiganga. Conmigo si no te sale!.... ¡hiproquita!....

—Oye, María e Jesús, lo mejoí e que no me siga tu embromando la pasencia, porque yo si no aguanto.....

—La que no aguanto soy yo.... Y mira que hoy e amaneció yo con la sangre prendía en candela y si tu no quiere sabeí jata de lo que va a morí, no me cuqué!....

—Eso e lo que tu tiene, mala hablá, pero si tu a amaneció hoy con el diablo en la cabeza, conmigo no venga a pagai, porque yo etoi mu quieta en mi casa, y no me toi metiendo con nadie..... Chimososa!.....

—La chimosa ere tu, que ma valía que te bañara pa que se te quitara esa piquiña que te tú acabando....

—Mira, María e Jesús!.... Ame ei favoi de no taite metiendo conmigo!.....

—La que no debía meteise conmigo ere tú, raquiñosa!.... Yo na má quisiera sabeí si Josesito e tan pueico que se fija en tí, pa votailo de la pueita e mi casa!.... Porque yo no sé cómo e que hai hombre si'netógamo que se atreben con sicita mujere!....

—Pero María e Jesús, si tu no puede hablaí.... ¿Poi qué fué que tu te mudate de Lo Pepine?..... ¿Poi qué fué que te fuite lo sotro día pa Pontón, juyéndole a la Sanidá?.... Además, a mí no e a quien le dicen pueiquito muevo en La Vitoria....

Un rayo que hubiera caído sobre la cabeza coronada de crenchas negras, crespas, y despeinadas, no hubiera hecho tanto efecto como hizo el dicho ese de “pueiquito muevo”; María de Jesús, al oír tal cosa, saltó como una hiena al medio

de la calle, y de allí dió otro salto y cayó en la puerta de la vivienda de Carmela, gritando iracunda....

—Mira, degraciá, mujei fatai, sai de ai pa que me vueiva a repetí eso!.... Atrevía, jija e la mala!.... Sai, si ere mujei!.... Sai, pa yo enseñaite quier e la pueiquito mueito!.... Sai, ñañarosa!..... Sai, pa poneite de to modo meno bien!.... Sai, sai!....

—Po yo no saigo!.... ¿Tu sabe poi que yo no saigo?.... Poi que yo no soy iguai a tí!.... pleveya!.... ecandalosa, que no repeta que toavía lo becino tan duimiendo, pa almai su secandalo.... ¡Cómo si to el mundo fueran iguale!.....

—Vean qué poi queería!.... Yo, así, siendo una mujei mala, como soy, soy vente vece mejo que tu!.... Poi que si poraquí no saben tu'sitoria, yo si la sé....

Pero Carmela, más conservadora o menos pendenciera que María de Jesús, no salió a la calle, ni volvió a contestarle a su retadora, por lo cual ésta, después de cacarear mucho, se volvió a su casa, cerrando su retahila de insultos con esta célebre frase amenazadora:

—Do montaña no se juntan, pero do mujere sí!....

Y nosotros seguimos nuestro paseo matutino, llevando estereotipada en nuestra mente, la minuta de esta divertida impresión callejera.

CON VITO Y CON FEFO

AL, pobre Vale: Mongo lo habían traído amarrado, codo con codo, desde su pacífico lugar de "Las Yerbias", a esta ciudad y, sin siquiera tener la delicadeza de pedirle antes su consentimiento, lo habían internado en una celda de la cárcel pública.

Y era lo que decía siempre el pobre Vale Mongo:

—Yo soi e lombre má de graciao que mujei aiga podío parí...: En la Yeiba no pué peideise un pollo, un marranito, un chivo ni un andullo, que no me lo acumulen a mí!... Poique e mejoí que se lo lleve a uno ei diablo ante que e laicaide le coja tirría, como la que me tiene a mí ese maidecio....

Y así era en verdad.... El vale Mongo era el dedo malo en el lugar; a él se le acusaba de ser el autor de todos los robos que sufrían los vecinos. Y él mismo tenía la culpa de que esto ocurriera, porque Mongo siempre iba a la gallería y jugaba a los gallos, se tomaba sus traguitos en la pulpería, tenía dos queridas, y no faltaba a ninguna fiesta, sinembargo no trabajaba nunca, ni nadie sabía en dónde se arbitraba el dinero que gastaba.

—Ei vale Mongo e mañoso....—Dijo un día el alcalde, al descubrir que Mongo había vendido, en una sección cercana, un par de marranos, del mismo color, del mismo tamaño y de

la misma estampa, de unos que había perdido la vieja Francisquita. Y desde entonces el Alcalde, a pesar de las protestas del Vale Mongo, cada vez que le denunciaban algún robo, lo primero que hacía era cojerlo preso y llevarlo al pueblo.

Había una coincidencia que iba en contra, también, de la reputación del Vale Mongo, y era que mientras éste permanecía preso, no se robaban nada en Las Yervas.

Todo el vecindario estaba de acuerdo con el Alcalde, y, por ende, en contra del Vale Mongo, a excepción de seña Martina, la madre de éste, la que decía siempre que a su hijo lo llevaban preso:

—Ai probe jijo mio, le an cojío conei.... Y no son má que envidia, poique como e tan aiveito, y tiene cieita detrucción y cieito aquel, to ei mundo le mira mai!.... Pero yc epero en Dió que to lo sacumulo que le jacen a mi jijo, an de pagailo caro eso condenao.

Esta última prisión del vale Mongo, había sido motivada por una lijera equivocación de parte de él. El mismo lo confesó cuando lo hicieron preso. Según su misma declaración, él tenía, sueltos en el sitio, dos 'chivos, y teniendo necesidad de venderlos, un día los amarró y los llevó a otra sección y allí los dió en dos miserables pesos, perdiendo en el negocio, según afirmaba, pues cada chivo le había costado un peso con veinticinco centavos.... Sólo, que al amarrar los dos chivos, sufrió, como hemos dicho, una lijerísima equivocación, pues en vez de tomar los chivos que eran de su propiedad, tuvo la confusión de tomar otros dos, muy parecidos

a los de él, y que pertenecían, nada menos, que al mismo Alcalde.

Pero el Vale Mongo había sido sincero, franco y hasta honrado, pues inmediatamente lo aprisionó el Alcalde, se dió cuenta del error que había cometido, y lo confesó sin miramientos:

—Uté pué jurai y peijurai, vale Mingo, (que así se llamaba el Alcalde), que tó no a sío má que una cañallá mía.... no fijaime yo bien eneso do chivo!.... Pero si é que se cambean con lo mío; ei memo coloi, ei memo tamaño.. bueno, jata enei berriai se parecen.... Uté me pué creei, vale Mingo, lo que le digo; to no ha sío má que una dequivocación de mi paite.

Pero había, en este caso, otra coincidencia que fastidiaba al Vale Mongo, y era que todos en el lugar, inclusive al Alcalde, ignoraban por completo que Mongo tuviera chivos de su propiedad, ni ningún otro animal, a menos que no fueran los que llevaba en la cabeza y uno que otro en los dedos de los piés.

—A mí lo que me etraña, vale Mongo, —le dijo el Pedáneo,—e que yo nunca había oío decí que uté tenía chivo.... Ai meno, yo nunca lo e vito....

—Po ya le digo, vale Mingo; uté pué escribilo, que yo tengo do chivo que se cambean con lo suyo.... Adió, yó que se lo digo!.....

—Y a quién le compró uté eso chivo?....

—Adió, eso chivo se lo compré yo.... Déjeme vei.... ¡yo tengo tan mala memoria!.... Señoi, máma, a quien jué que yo le compré lo chivito eso?.... ah, sí!.... ya me ricueido; eso do chivito se lo compré yo a una gente que pasán poraquí, va pa do mese....

—Y qué jente era esa, vale Mongo?....

—Ombe, eso sí no lo puedo yo desí.... Eran do señore, prieto ello, alto ello, pintao de bigüela ello.... Lo que sí parece que eran gente de lejo....

—Bueno, vale Mongo, po nojotro bamo a tenei que dí ai pueblo a arreglai eto....

—Pero vea, vale Mingo, a mí me parece que no ai pa qué dí ai pueblo pa una sencillé como eta....

—Bueno, pc si uté no quíe dí ai pueblo, búqueme lo do chivo que uté dice que compró y démelo poi lo mío....

—Aí ta la cosa, Vale Mingo, que yo tengo dicosoi de que eso do chivo me lo an robao.... Yo toi sopechando de que cnete lugai ai un ladrón....

—Yo lo creo, también;—aseguró el Pedáneo— y uté y yo sabemos peifetamente quien é ei ladrón....

—¿Uté cre, vale Mingo?.... y quien é?....

—Yo se lo diré agora mimo... Vállase preparando que vamo pa ei pueblo....

Y así fué como, por décima vez, el pobre Vale Mongo vino amarrado, codo con codo, al pueblo, e internado luego en la cárcel.... Todo, por una simple equivocación.

Todo el mundo tiene sus amigos en este mundo. Mongo, a pesar de su "lisio", que hacía que todos los robos, se lo acumularan a él, tenía dos amigos de la infancia, que un sábado, después de dos meses de estar preso Mongo, determinaron venir a visitarlo en la cárcel.

Los dos fueron a la Fiscalía y consiguieron el permiso y después de haberlo visitado, y haber departido con él largamente, volvieron don-

de el Fiscal, con quien uno de ellos, el vale Feliciano, tenía alguna confianza. Así fué que éste le preguntó al funcionario judicial:

—Ficai, y uté cree que ei vale Mongo podrá salí bien....

—Hombre.... ese sujeto es reincidente en robos de animales....

—Pero, don Ficai, yo creo que eta vé ei pobre vale Mongo no ha cometio e lecho que le acumulan....

—Pues él no está muy bien, pucsto que está convicto y confeso del hecho....

—Anjá!....

Y después de esta exclamación, los dos mozos campesinos se retiraron para su campo.

Pero al Vale Quín, que era el que acompañaba a Feliciano, le había chocado aquello de que el Fiscal dijera que Mongo estaba convicto y confeso, y no queriendo quedarse con la píldora por dentro, le preguntó a su compañero:

—Vale Feliciano, con quien jué que dijo el Ficai que taba el vale Mongo?

—El dijo que etaba dique con Vito y con Fefo....

—Y quiene serán eso sendeviduo?...

—Ombe.... Eso deben sei do saitiadore iguale ai vale Mongo!.....

LA MUERTE DE DON SANTICO

LA noticia corrió por todo el barrio con la celeridad del rayo.....

Los gritos se oían, atronadores, salir de la casa de familia de don Santico, y eran su esposa y sus hijas las que ponían el grito en el cielo, porque, hacía un momento, le habían traído el cuerpo inanimado de don Santico, quien había caído fulminado por una congestión cerebral, en plena calle, cuando se dirigía a su trabajo....

Al oír los gritos, todas las comadres salieron a la puerta de sus casas para inquirir noticias.....

—Y es de en casa de don Santico que vienen los gritos..... Dios mío, qué habrá ocurrido!.....

—Mujer de Dios.... ¿Tú no sabes?..... El pobre don Santico se cayó muerto.....

—Jesús, santísimo! No puede ser!.....

—Sí, yo lo ví cuando lo traían.... Está muertecito!.....

—Ay,Dios mío!.... ¿Y qué le daría?....

—Dicen que mal de orina....

—No puede ser!....

—Yo oí diciendo que fué de una plo.... pleplé.... de un mal que creo que le dicen ploplé.... plo....

—Será ploplegia.....

—Angelina.... De eso mismo....

—Ay, virgen santísima.... La pobre doña

Micaela y las muchachas con ese luto tan negro ahora!....

A las tres de la tarde era el entierro. La muerte había ocurrido a las siete de la mañana.... A las dos comenzaron a llegar todos los amigos del difunto que se preparaban para acompañar, en su último viaje, al amigo que se había ido tan inesperadamente.....

Uno a uno quisieron, como es de reglamento, ir a saludar a la viuda y a darle el pésame.....

El primero que entró, fué Don Pancho.... Antes de entrar al aposento donde estaba doña Micaela y sus hijas, rodeadas de varias amigas íntimas, se limpió el pecho, se sacudió la solapa del saco, ya un tanto verdoso por el uso, y entró con una pose solemne.....

—Doña Micaela—dijo con voz adecuada al acto—Comprendo su dolor!.... Pero no hay que apurarse, todos vamos por el mismo camino!.....

—Ay, don Pancho (sollozó la viuda,) qué golpe tan tremendo!.... Cómo me voy yo a hacer, Dios mío!..... Tan buen compañero!..... ay, ay!....

Las hijas le hicieron coro a la madre, y don Pancho creyó llegado el momento de sacar un pañuelo y de simular que se secaba una lágrima.....

—Tenga valor,—dijo—que Dios oía pero no desampara!.....

Después llegó Carmito Pérez, nervioso, atolondrado y se echó entre los brazos de la viuda.... Esta le sacó un poco el cuerpo, pero Carmito no cejó, volvió sobre ella y la abrazó con

efusión..... Luego de apretarla manteniéndose en una muda elocuencia, dijo, como haciendo un esfuerzo:

—Doña Micaela, no tengo nada que decirle!.....

—Ay, don Carmito!.... Qué pérdida, qué pérdida!.....

—La pérdida es grande, doña Micaela, pero hay que conformarse con los designios de Dios....

En eso llegó, Manuel María, quien se acercó ceremoniosamente a la viuda y le extendió la mano, diciéndole simplemente:

—La acompaño en su justo dolor!.....

Don Florencio, que era compadre de doña Micaela, se acercó a ella echándole el brazo por el hombro, mientras ocultaba la cara en un pañuelo de amplios cuadros....

—Querida comadre! —dijo, pero no pudo seguir. Esto fué motivo para que rompieran todos los mal contenidos sufrimientos. Doña Micaela gritó:

—Ay, compadre!.... mi querido compadre!.... ay, ay!.... Usted que venía a jugar tablero, todas las noches, con él y se ponían a hablar de su juventud!.... ¡Ay, compadre de mi corazón, cómo se hará usted ahora sin su compadre que tanto lo quería, y con quien usted se divertía tanto cada vez que le ganaba una partida!.....

—Ay, padrino, mi padrinito del alma!.... —gritó Dulce María, la ahijada de don Florencio, colgándosele a éste del cuello—. Ay, cómo me haré yo ahora sin mi papasito de mi corazón que tanto me quería y que yo le quería tanto a él....

Ay!.... —volvió a gritar la viuda colgada también del cuello de don Florencio.— Ya el

mundo se acabó para nosotros, compadre!....
Ay, esto sí es grande compadre, qué cosa tan grande!.... Morirse su compadre!.... Ay ya yo no voy a encontrar a nadie en el mundo que me deje todos los días un traguito de café, como me dejaba Santico!.... Ay, ay yo no voy a tener quien me pase la mano cariñosamente por la cabeza como lo hacía Santico, cuando yo estaba triste, y me pregunte: ¿Te duele la cabeza, viejita?.... Ay!.... Qué dolor tan grande, compadre, si usted hubiera visto cuando me lo trajeron muerto!.... Yo no creía que era muerto!.... Yo pensé que era que le había pasado algo, algún carro, algún desmayo, cualquier cosa que se le pasaría pronto!..... Ay, pero nada, nada!..... estaba muerto!.... ¡ay, qué golpe, qué golpe!....

La otra hija, la menor, Encarnación, también saltó y se colgó de don Florencio, quien estaba ya sofocado....

—Ay, don Florencio!.... Don Flor!.... Don Florito!.... Ya nosotras sí nos acabamos!.... ¡Quién iba a pensar que se iba a morir tan pronto y tan lejos de nosotras!.... Ay, mi papasito querido, que antes de ayer me dijo que me iba a comprar un vestido para llevarme al Santo Cerro, y no sabía él que tan cerca tenía la muerte....

Una hermana del difunto, una mujer de unos cuarenta años, y que estaba sentada en un rincón del aposento, comenzó a respirar con agitación hasta que, cuando parecía que se iba a ahogar, dió un salto como de tres metros de altura y cayó arrollando a don Florencio, quien fué, de tumbo en tumbo, a caer en otro rincón.

Cuando cayó al suelo la hermana del difunto, rompió con estridentes gritos:

—Guay!..... guay!..... guay!.....
guaaaaaaaaaaaaaaaaaay!!!!.....

—Corran, sujétenla que se mata!.... corran, que tiene el MAL!.....

!Traigan hojas de guanábana!.... Un cepillo de ropa, corran!.....

—Aquí hay uno de labar piso!.....

—Tráiganlo!.... pero corran, que se ahoga!.....

Entre diez sujetaban fuertemente a la accidentada, la que se revolvía furiosa. Una vieja corrió con bromuro, lo que le dieron a olerle, mientras otro le pasaba el cepillo de lavar piso por la planta de los pies.

—Hoja de guanábana!.....

Uno se apareció con un ramo de hojas de guanábana y la vieja tomó varias hojas, las estrujó en la mano, y se las dió a oler. La accidentada volvió en sí y fué llevada a un catre.....

—Que nadie le hable.... Déjenla sola!....

—ordenó la vieja con cierta autoridad.

Media hora más tarde, el cadáver del bueno de Santico, que había vivido una vida pacífica, bajaba a una fosa que lo guardaría para siempre.

Don Florencio tomó un puñado de tierra, y arrojándolo sobre el ataúd, dijo con voz solemne:

—Adios, viejo amigo!.... Has entrado en la senda interminable!....Lo que has hecho es cojernos la delantera.... Detrás, y uno a uno, iremos nosotros.....

Palada a palada, fué cubriéndose de tierra el ataúd, mientras los enterradores se deroban con los últimos destellos del sol, que se ocultaba en el ocaso.....

LAS ANIMAS

PARECE que las Animas han sido encargadas de resolver todas las cosas difíciles en la vida de los hombres.

Las Animas tienen, desde tiempo inmemorial, a su cargo, el Negociado del Cobro de Cuentas incobrables del Mundo entero. Por eso, cuando alguien cae en las garras de un pícaro, contra quien no han valido todos los medios de cobros conocidos hasta la fecha, se tiene el recurso inveterado de dejar la deuda a las Animas:

De ahí la frecuencia de este diálogo:

—Señor, Fulano; Perencejo llegó a pagarte la cuenta aquella que te adeudaba?

—Qué va, muchacho, eso tuve yo, después de bregar muchísimo, que dejárselo a las Animas.

Otro se lamenta de haber sido estafado por un comerciante inescrupuloso, quien le vendió unos zapatos que en vez de suela resultaron tener cartón malo, y concluye conformándose con su desgracia, diciendo:

—Ese ladrón me robó mis cinco pesos por estas porquerías, pero espero en Dios que, tarde o temprano, han de quitárselo las Animas con un interés doble.

Cierto campesino tenía una vez dos cerdos que nacieron y se criaron en el monte, sin nunca ver gente de cerca.

Cuando ya los dos cerdos estaban de utili-

dad, el buen hombre se dió a la tarea de ver si lograba amarrarlos; pero tal cosa era poco menos que imposible, pues cuando los dos animales sentían a su dueño a un kilómetro de distancia salían disparado; como balas, y después de mucho corretear por todo un sitio durante todo un día, el pobre hombre tenía que regresar al caer la tarde, a su casa, sin llevar ni siquiera una cerda de sus ariscos cerdos.

Ya tenía el hombre un mes de lucha por amarrar a los dos cerdos, hasta que una mañana, dispuesto ya a hacer el último esfuerzo, se arrojó en medio del campo e implorando al cielo hizo el siguiente voto.

—“Anima bendita, si usted me ayudan a amarrar hoy eso do pueico, le voy a regalai uno”.

Con la esperanza de que las Animas le ayudarían edicazmente en esta última tentativa, el campesino se dió a perseguir sus cerdos con mayor ánimo que nunca. Todo el día lo echó en correr y más correr, hasta que, como a las cinco de la tarde, después de doce horas de incesantes calamidades y chorreando el pobre hombre, el sudor hasta por las uñas, logró arrinconar a los dos cerdos, y tirándose sobre ellos, se aferró a uno con manos, pies y dientes, lo amarró bien y cuando terminó su tarea, volvióse a ver al otro animal, al que divisó como a cinco kilómetros de distancia, que iba a una velocidad no menos de cinco mil millas por horas.

Ante la velocidad inaudita del fugitivo cerdo, nuestro hombre, sujetando fuertemente la sogá del que tenía amarrado, exclamó:

—Aguaiten cual va el de la sánima!.....

RETRACTACION

PEDRITO "La Cacata", aquel célebre ladrón y asesino que tenía azotados todos los campos de varias provincias juntas, había caído por fin en manos de la Justicia.

No le habían valido ahora, para nada, los ensalmos que él se preciaba saber hacer para volverse un burro, un palo, o hacerse invisible cuando la guardia lo sorprendía, sin dejarle tiempo para huir.

El célebre brujo, que entraba en las casas, a la una de la noche, sin abrir las puertas, y que tenía arte para hacerse seguir de las mujeres que le gustaban con solo rezarle el ensalmo de la "Santa Camisa" o el de los "Clavos de Cristo", y que curaba con una "picada de ojos" los dolores de muela, estaba pues en manos de la Justicia e iba a dar cuenta de todas sus fechorías.

El terrible criminal tenía un prestigio de terror, que cuando se supo la noticia de su prisión, todos dudaron, y cuando tuvieron la certeza de élla, se esperaba, de un momento a otro, que anocheciera en la cárcel y no amaneciera en élla.

Pero parece que los hados malignos que habían amparado a Pedrito "La Cacata", le habían retirado su protección, porque no pudo escapar de la cárcel, y tuvo que esperar, meses tras meses, hasta que se fijó la vista de su causa por múltiples crímenes de robos y asesinatos.

Muy pocos fueron los testigos que se aven-

turaron a sostener acusaciones, en el plenario, contra "La Cacata", pero quien más se extremó en echar cargos sobre el criminal fué el Vale Pedro el de Vitoria, un hombre de unos treinta años, que conocía al dedillo la vida y milagros del referido sujeto.

Uno por uno, fué relatando ante el Juez los crímenes de la Cacata, todos repulsivos e inhumanos.

"La Cacata" se revolvía en el banquillo de los acusados, como si estuviera sentado sobre áscuas, cada vez que escuchaba un nuevo cargo que le hacía el Vale Pedro.

Pero cuando ya había enumerado más de la mitad de los bárbaros hechos que pesaban sobre la conciencia del criminal, el Vale Pedro volvióse a mirar al acusado, y fué tan significativa y amenazadora la mirada con que La Cacata lo regaló, que el testigo se turbó, llenándose de miedo, por todo lo que había dicho de un hombre, que, era fama, podía, al día siguiente o cuando quisiera, escaparse de la cárcel, valido de sus magias, e irle a tomar cuenta de lo que contra él había dicho.

Así fué que, el Vale Pedro reflexionó un poco, y titubeando le dijo al Juez:

—Oiga, señor jué, to lo que yo le he dicho, hágase de cuenta de que no se lo dicho, porque como puen sei veidá, también puen sei embute, porque dende que me cayó una jabilla en la cabeza, en una tumba de Sijo Maico Pere, e quedao medio loco y hai día que no me doy cuenta de lo que jablo. Yo creo que hoy toi yo asina. . . .

UN GOLPECITO

NUESTROS campesinos no exageran nunca. O mejor dicho, son demasiado exageradores, pero en sentido inverso a como es corriente exagerar. Los campesinos, en vez de exagerar aumentando, exageran disminuyendo. De ahí el temor que se les tiene siempre al "allí" de los campesinos.

Al decir que un conuco, una casa o un lugar cualquiera, queda "allí", en relación al sitio en donde se está, el campesino siempre exagera la cortedad de la distancia, sorprendiendo, con horas y horas de larga caminata, al pueblerino que creyó, esperanzado por ese "allí", llegar en pocos minutos al lugar de su destino.

Asímismo, un terrenito puede ser muchas veces todo un sitio de varias leguas a la redonda, así como el hombre, de quien dicen los campesinos que tiene "sus animalitos", puede ser un hacendado, poseedor de centenares de centenares de cabezas de distintos ganados.

Un "aruñacito", en boca de un campesino, puede significar una profunda herida de machete que ha abierto el vientre o ha mutilado un miembro a una persona cualquiera.

Parece que esta exageración de lo pequeño en nuestros hombres de campo, se debe a su innata timidez y humildad.

Consecuencia de esta costumbre es el caso que vamos a relatar:

Una noche, varios campesinos se detuvieron a la puerta de la casa de familia del Procurador Fiscal de uno de los Distritos Judiciales de la República, y llamaron varias veces a la puerta, diciendo:

—Don Fical, don Fical!... Hágano el favor de levantarse, que ai vale Juan le han dao un golpecito....

El Fiscal, desde su cama, contestó a los que habían ido a molestarlo a esa hora, por una cuestión de simple policía, diciéndoles:

—Por un golpecito vienen ustedes a molestarme?... Vayan por la mañana a la comisaría que allá arreglarán eso, sometiéndolo a la Alcaldía.

—Pero oiga, don Fical, a nojotro no parece que el golpecito ese que recibió el vale Juan no é asunto de Alcaldía.....

—Qué saben ustedes!... Les digo que no me molesten más y vayan a la comisaría. —Volvió a contestar el Fiscal.

Pero uno de los campesinos, con esa persistencia pasiva y humilde innata en ellos, insistió:

—Difense, don Fical, pero é que toavía no ano podió encontrai la cabeza del vale Juan.

El pobre campesino, a que se referían, había sido decapitado, de un machetazo.

EN LAS PASCUAS

UNA vez más había caído el Vale Juan en la nasa.

El Vale Juan privaba en ser el más advertido de todos los mozos del lugar en donde vivía, y de ahí que estuviera metido en todos los líos y en todos los chismes.

Una vez fué segundo alcalde, y cayó preso por una multa que impuso al Vale Chicho, de cuyo valor se aprovechó. Tal suceso llegó a oídos del Fiscal, y Juan pagó esta viveza con tres meses de prisión.

Después estuvo preso por un abuso de confianza y más tarde por una estafa:

Se veía que el Vale Juan iba estudiando, gradualmente, la profesión de la delincuencia, hasta caer en el robo simple y en el robo criminal.

Y era lo que decía el vale Cantalicio. "El vale Juan ta meniándose tanto y un día se le va a rompei el catre, de una manera tai, que no va a jallai quien se lo cosa".

Una vez más, repetimos, cayó entre las garras de la justicia el Vale Juan, por haber dispuesto del producto de la vante de unos cerdos que le confió su compadre Fico.

Cuando Fico fué donde Juan a buscar el dinero, éste salió diciéndole, con una finjida tribulación:

—Ay, compadre Fico, uté no sabe lo que me tá pasando?.... Lo cuaito de lo puico se me peidién.... Lo traía en'eta faidiquera, y cuando

bine a vei ya se me habían salío, porque la maidita
taba agujeríá.....

Pero el compadre Fico, que conocía el "al-
mendrón", no quiso tragarse la píldora, y le con-
testó con la mayor franqueza:

—Ay, compadre Juan, ya uté nian repeta
el sacramento que ai por medio de lo dó!.... Pero
ya que uté no lo repeta pa jablaime su sembute, yo
tampoco lo voy a repetai, pa jace lo bucaime mi
cuaito.... Asina é que le doi tré día de plazo pa
que me buque lo cuaito de lo puico, y si no voy
pa el pueblo a daile paite ai Ficaí.....

—Jesú, compadre, yo no eperaba semejan-
te cosa de uté.....

—Ni yo de uté, tampoco, compadre; porque
si uté no me considera a mí yo no lo puedo con-
siderai.....

—Pero compadre, ande diablo quiere uté
que yo le consiga eso cuaito, si se me peidién.....

—Po yo no sé como se va uté a jacei, porque
lo que soy yo no toí dipueto a pedei eso cuaito,
porque bien sabía uté que eso cuaito tengo yo
que pagailo; asina é que uté debió tenei cuiáo de
no dejailo peidei....

—¿De mó que uté cré que yo lo dejé pei-
dei apota?.....

—Pero compadre Juan, cómo cré uté que
me p^ué jacei creí que eso cuaito se han peidío?...
No me venga con cosa asina.....

Después de discutir un rato, el vale Fico
se retiró, diciéndole a su compadre que le daba
tres días de término para que le buscara el dinero,
al cabo de los cuales, al no poderle pagar Juan, vino
a la ciudad a querellarse ante le Fiscal.

El vale Juan fué detenido una vez más y

traído al pueblo por el Alcalde Pedáneo, y luego internado en la cárcel pública.

Su causa fué fijada para el día dieciocho de diciembre, y el vale Juan tenía grandes esperanzas en salir ese día de la cárcel, ya fuera porque lo absolvieran o porque lo condenaran a quince días de prisión, pena que ya tenía cumplida.

El vale Juan no quería, por nada del mundo, pasar las fiestas de las pascuas en la cárcel. No estaba dispuesto a perder esas grandes corridas de nochebuena, día de pascuas, treinta y uno, y año nuevo, y había noches, en que, durmiendo sobre el duro camastro, infecto de chinches, de la cárcel, soñaba deliciosamente con las fiestas que se avecinaban, y se veía prendío de su morena, bailando un merengue de "empalisaita", mientras de la cocina sentía venir un olor a puerco asado, que era un elocuente aviso de la succulencia de la mesa de la media noche.

Otras noches soñaba, viéndose en la gallería, en la gran corrida del día de pascuas, apostando, con los mejores tercios del lugar, a su gallito "encastado". Había noches en que el delirio era tan grande, que el vale Juan se despertaba así mismo, al saltar sobre su camastro y gritar de voz en cuello:

—¡Pícalo, gallito caray!.... Doy peso a moriqueta y voi al mío!.....

Pero inmediatamente despertaba, el pobre vale Juan caía en una gran melancolía. Se acercaban los días de las pascuas y se acercaba también el día de la vista de su causa, y una gran incertidumbre lo embargaba.

—Cuanto me dirá a echai ei jué por'eta caballaita?.... ¡Ay, Dió mío, que me sueiten ante

de la nochebuena!.... Vinge de la Meicede, contai de que yo saiga en libertá el día que me jueguen la causa, te voy a prendei una velita, de la que jace Sina Encainación.....

Y así pasaba todos los días, de noche soñando y de día rezando al cielo por su libertad antes de las pascuas.

Por fin llegó el día de la causa, y el Fiscal dictaminó:

—Magistrado, el prevenido Juan de la Cruz está convicto del hecho de haber dispuesto, abusivamente, de la suma de cuarenta pesos oro, producto de la venta de cuatro cerdos que le entregó, para que se los vendiera, el señor Francisco Germosén, alias Fico, haciéndose reo del delito de abuso de confianza; por lo tanto, somos de parecer que Juan de la Cruz sea condenado a sufrir seis meses de prisión, en la cárcel pública de esta ciudad, a pagar una multa de veinticinco pesos oro, y las costas.....

El vale Juan, al oír el dictámen fiscal, no pudo contenerse, y saltando del banquillo que ocupaba, cayó de rodilla ante el Juez, rogando encarecidamente:

—Ay, don Jué, no me eche seis meses, écheme mejoi nueve, pero pa empesai a cumplile en pasando la pacua.

EN EL JUZGADO

EL abogado de la parte Civil, se puso de pié, para rebatir los conceptos del abogado de la defensa, diciendo:

—Permitid, Honorable Magistrado, que advierta a mi colega el profundo error en que cae, al pretender hacer aparecer ante estos estrados, como viciadas de nulidad, las declaraciones de los testigos a cargo, señores Francisco Martínez y Gregorio Disla, quienes, de una manera tan terminante, han hecho un relato de los acontecimientos, no dejando lugar a la más mínima duda. Al través de sus palabras, Magistrado, palpita el alma inmutable de la verdad, y está muy equivocado mi colega de la tribuna contraria al creer que con sotismas de mala ley, puede, como pretende, destruir o variar en parte los cimientos consistentes sobre que descansa el monumento de la acusación fiscal. Este hombre, Magistrado, es un asesino: en la comisión de su hecho nefando, como hemos ya probado por todos los medios, están perfectamente definidas las circunstancias agravantes de la asechanza, de la premeditación y de la alevosía. Todas las declaraciones, aún las de los testigos veleidosos q. ha hecho citar la defensa, ponen de manifiesto el hecho de q. el reo, muchos días antes de la ocurrencia, había dicho públicamente que tenía que matar a Jorge Ramírez, y para ello adquirió el arma homicida que el mismo reo dice haber comprado cinco días antes del suceso: los testigos Díaz, Macario, Fernández y Guillén en

sus declaraciones afirman que la noche del hecho, el acusado estuvo escondido por más de dos horas, dentro de una cocina, esperando el paso de su víctima, que él sabía que tenía que pasar por allí, al salir, tarde de la noche, de la casa de su novia; y la certificación médico-legal establece, claramente, que todas las heridas recibidas por Ramírez, fueron dadas por la espalda. ¿Cómo puede, pues, el abogado de la parte contraria destruir este cúmulo de hechos constantes y ciertos que caen arrolladores sobre la cabeza de su defendido.... Además Magistrado, Garzón, dice claramente....

El reo no pudo contenerse más y dando un salto del banquillo, cayó delante del Juez Presidente, exclamando:

—Yo anulo ese testigo que ahora dice ese abogado, e nei momento de lecho no había ninguna peisona que se llamaba Gaisón, eso son invento de éte, pa fuñime a mí....

UN COBRO EXTRAORDINARIO

CUANDO a mí me contaron que a Luis Manuel, mi íntimo y apreciado amigo, le estaba ocurriendo un caso muy raro, pues todas las noches, a la una en punto, le salía un fantasma acreedor, que pugnaba por cobrarle la suma de veinte pesos oro, quise reírme; porque nunca creí que tal cosa se estaba tomando tan en serio, como, poco después me convencí, al hacerme el mismo relato otras personas.

Como hacía más de una semana que no veía a Luis Manuel, corrí a su casa y allí me lo encontré, entre un corro de amigos, que crispados los nervios, lo oían hacer el relato de las apariciones de que era víctima.

El ambiente tétrico que había allí, el gesto de terror que disfrazaba la siempre cordial y simpática faz de mi amigo, me hicieron partícipe de la tensión nerviosa que todos manifestaban, y me dispuse a escuchar, silencioso, como los otros, lo que Luis Manuel refería:

—Ya van cinco noches, aseguraba, que apenas puedo dormir. La primera noche, yo no le di importancia al asunto. Ese día me había quedado, hasta después de las doce, levantado, porque tenía que preparar mis lecciones de Física, que había de presentar en los exámenes del día siguiente; cuando, como un segundo después de haber resonado el campanazo del reloj público que anunciaba la una de la noche, oí que tocaban, con los nudillos,

a la puerta de mi habitación, ¿quién podía ser?, pensé sin decidirme a abrir la puerta; mas, poco después, los golpes menudos se repitieron, y levantándome del asiento fui y abrí la puerta. Era el mozo de un restorán que yo siempre visito quien, sin hablarme, me extendió un recibo; lo tomé, le examiné debidamente, era por la suma de veinte pesos; con cierta extrañeza, de mi parte, le advertí lo inoportuno de la hora para hacer semejante cobro y le dije que yo iría a pagar al restorán, como acostumbraba a hacerlo. El mozo no me contestó, tomó el recibo y se fué, y no me llamó la atención, en ese momento, que al rozarme la mano con uno de sus dedos, noté que estaba intensamente frío.....

Al día siguiente olvidé por completo el incidente. No fui al restorán, ni volví a acordarme del mozo. Esa noche tuve también que quedarme estudiando hasta muy tarde, y a la una en punto, cuando todavía no había terminado de retumbar en el ambiente la campana del reloj, oí los leves goipesitos en la puerta de mi habitación. Al oírlos, a pesar de que pensé en el mozo del restorán, sentí, no sé por qué, que por todo el cuerpo me corría un escalofrío que me hizo erizar los cabellos. Sinembargo, abrí la puerta, y al encontrarme cara a cara con el mozo silente, y, al éste extenderme la mano con el recibo, noté que sus ojos brillaban con una luz extraña, y en todo su rostro había una expresión de misterio que me sobresaltó. A pesar de eso, le hablé:

—Pero usted está loco?.... —le dije con un nervioso tartamudeo: —No le dije que yo iría a pagar; y además, ésta no es hora para venirle a cobrar a nadie.

El mozo retrocedió, mirándome siempre, u-

nos cinco pasos, caminando de espaldas, dió luego media vuelta y desapareció escalera abajo. Mas, entónces, un escalofrío más intenso hizo estremecerme. La escalera es de madera, el paso que en élla se dé, por ligero que sea, hace resonancia, máxime a una hora de silencio general, pero los pasos del mozo que bajaba, no llegaban a mi oído. Tcdo había seguido en silencio.

Corrí a mi cama, sin desvestirme, me metí en élla, y poco después, todo mi cuerpo estaba bañado en sudor, bajo los cobertores que me cubrían de pié a cabeza. Estaba horrorizado, y una a una fui oyendo las horas de aquella noche interminable para mí, hasta que al fin amaneció. Me lancé de la cama, a las primeras luces del día, y corrí para el restorán en donde servía el mozo que me había hecho sufrir tanto aquella noche. Cuando llegué, la puerta estaba aún cerrada. Esperé varias horas hasta que abrieron.

Pregunté al dueño del restorán por el mozo que acostumbraba servirme. El amo, con asombro, me preguntó a su vez:

—Pero.... ¿No sabe usted?....

—Qué voy a saber.... No sé nada, quiero ver a ese mozo....

—Pero si usted no puede verlo, si ha muerto.....

Ante mi espanto, el amo, más espantado aún, me preguntó:

—Pero qué le pasa a usted?.... Se ha puesto usted idiota?....

—Ha muerto!.... ha muerto!.... fué todo lo que pude decir.

—Sí, ha muerto, pero vamos a ver, qué le interesa a usted la muerte de ese pobre diablo?....

Yo no contesté, seguí mirando al dueño con ojos de idiota, mientras él relataba:

—Antes de ayer, como a los nueve de la mañana, salió con algunas cuentas al cobre, precisamente, creo que llevaba un recibo suyo; pero al atravesar por el parque, un automóvil lo alcanzó y le arrolló el vientre. Apenas sobrevivió el accidente algunos minutos.

Un minuto de silencio siguió a la tétrica narración de Luis Manuel. Todos teníamos los nervios predispuestos a la emoción, y el más leve ruido de una hoja que arrastrara el viento, nos hacía sobresaltar y erizar los vellos.

Por fin habló Cándido de los Rios, y aconsejó:

—Pero tu debías consultar eso.... Debías, por todos los medios, buscar la solución a este conflicto.....

—Yo he tratado de buscar a un amigo que se atreva a acompañarme durante la noche. Tal vez habiendo dos, no viene el muerto.

—Ya tu sabes, querido amigo.—Dijo Felix— que yo te acompañaría, pero como vivo solo con mi madre, a ésta no puedo dejarla sola durante la noche.

—Conmigo no tendrías que hablar, Luis Manuel, —aseguró Cándido,—pero hazte cargo, mi esposa está recién parida y ya sabes.... tengo que estar con élla durante toda la noche.

—Por mi parte, —agregó Francisco José— te acompañaría gustosísimo, pero figúrate, a veces tengo que trabajar hasta altas horas de la noche, y ya tu comprenderás.....

—Yo soy amigo de los amigos,—aseveró Raul,— y estoy siempre dispuesto a prestarles cual-

quier servicio, pero desgraciadamente en esta oportunidad tengo que hacerme ciertos tratamientos médicos durante la noche, que no puedo interrumpir, y para observarlos sólo tengo comodidad en casa.

—Les agradezco a todos, amigos míos, sus buenas disposiciones,—dijo Luis Manuel, y dirigiéndose a mí, interpelóme— ¿Y tú, qué me aconsejas?

—Yo, —dije,— te soy franco, Luis Manuel, no te me ofrezco a acompañarte de noche, no porque tenga a quien cuidar, ni nada que hacer en casa, sino, sencillamente, porque no me atrevo. Yo siempre he sentido risa por todos aquellos que hablan, en serio, de las apariciones fantasmales, porque a pesar de que he estudiado mucho el caso, no he encontrado nada que me insinúe la posibilidad de que tales fenómenos puedan ocurrir. No puedo creer, pues, en los muertos que salen; pero, sin embargo, no me encuentro en disposición de ánimo para recibir una demostración objetiva de q. tales fenómenos se operan en el escenario de la vida. Yo encuentro más cómodo seguir en mi excepticismo en materia de fantasmas, sin meterme en líos de discusiones con nadie, ni mucho menos en experimentaciones que no estoy seguro poder resistir. Así, pues, amigo mío, prefiero aceptar de mala gana, como verdad, el que el muerto ese te esté cobrando a tí, antes que ser testigo presencial de ese cobro.... Además, dicho sea en plata, yo soy muy amigo de los amigos, y rehusó, rotundamente, verlos en trances en que no quisiera verme yo; y creo que uno de los trances más malos, para uno, es ese de que le cobren sistemáticamente y de una manera tan espeluznante. Me asustan los

cobros vulgares y los extraordinarios, lógico, mucho más.

—De modo que no me aconsejas nada?
—preguntóme desmayadamente Luis Manuel.

—Lo más recomendable, en estos casos de cobros, y en los que uno quiere quitarse un inglés de encima, es matar al cobrador, ya que la doctrina considera que, para matar a un acreedor necio, son excusables la premeditación, la afechanza y la alevosía; ahora en último extremo, cuando, como en tu caso, no se puede matar, se paga la deuda entónces y sanseacabó.... Yo no he leído ninguna teoría que diga que a un muerto se pueda matar, así es que no te queda más camino que pagar....

—Matar, no me sería nada, pero pagar....
¿Con qué pago?.....

—Pues, con veinte pesos.... ¿No es esa suma la que te cobra el muerto?

—Exacto, pero no tengo los veinte pesos....

—Búscalos prestados, entonces.....

—Tengo una idea!.... Dijo Luis Manuel, dando un salto, mientras sus ojos relumbraban. Todos nos quedamos mirándolo atento.

—Venga esa idea!.... —Pedimos.

—Yo tengo un amigo,—prosiguió Luis Manuel—que hace mucho me adeuda, precisamente, veinte pesos, y ahora me acuerdo de ellos. Cuando esta noche, a la una, venga el muerto a cobrarme, como ya es su costumbre, tomaré el recibo, le haré un endoso y luego le daré al muerto las señas de la casa de mi amigo y lo enviaré a que le cobre a él.

—Mágnifico! —dijeron todos, menos uno, quien palideció al escuchar lo dicho por Luis Ma-

nual. Yo pensé que aquél era el destinatario del endoso.

En la tarde volví a visitar a Luis Manuel, porque en realidad, me intrigaba su caso.

Cuando entré a su habitación, lo encontré hecho unas pascuas: rebozaba felicidad y alegría hasta por los poros. Ante mi extrañeza por el cambio tan rápido y tan radical del terror y el tetricismo de la mañana a la alegría y a la jovialidad de la tarde, él me dijo: .

—Ven, ven, abrázame, amigo mío, soy un genio! Soy el rey de los genios!

Empecé a temer por la cordura de Luis Manuel. . . . Pensé rápidamente en que las apariciones le habían echado a perder los sesos. El comprendió y me dijo:

—Nada de eso, lee. . . . —Y me extendió un papel. Era una esquila que decía escuetamente:

“Querido Luis Manuel. Creo que aludiste a mí en la cuestión del endoso, por aquéllos veinte pesos que te adeudo y que nunca encontré oportunidad para devolvértelos, sin ofender tu delicadeza. Sin embargo, te adjunto dicha suma para que, tanto tú, como el muerto cobrón, se eviten las enojosas molestias que el dicho endoso les podría acarrear. Págame tu mismo, esta noche, y te habrás quitado el tormento que sufres. Tu amigo, Francisco José” . . .

Una hora después, en el mismo restorán donde servía el mozo muerto, y ante varias botellas de cerveza, Luis Manuel me explicó:

—Pues, muchacho, hace más de tres años que Francisco José me adeudaba esos veinte pesos. Desde entonces y de una manera ferviente y continuada, he practicado contra él todos los medios de cobros conocidos, obteniendo siempre un resulta-

do negativo.... Desesperado ya, me costó inventar un medio de cobro a lo tétrico, teniendo, como tengo, el conocimiento del miedo que le tiene Francisco José a los muertos.

—Genial, muchacho, genial; brindemos por ello.....

—Brindemos.....

LOS DIENTES DE FRANCISQUITO

LA obsesión de Francisquito había sido siempre la dentadura. Y era lo que él decía: nada más tormentoso q. n° tener dientes cuando hay tan buenos chicharrones de cueritos, tan buenas galletas tostadas y tantos otros manjares buenos de los que se ve uno privado por no tener instrumentos masticadores.

Francisquito, como le decían familiarmente, era un hombre de uncs cincuenta años, que había perdido los dientes a destiempo, y que, debido a su mala situación económica, no se los podía poner postizos. Estaba, pués, condenado a no tomar más alimentos que sopa y otras cosas líquidas.

X X X

Yo dejé de verlo durante un largo tiempo, al cabo del cual me lo encontré vestido de nuevo, flamante hasta en sus medales, fumando tabaco, de diez centavos, y en el momento en que salía de un bufete dental.

Ante la sorpresa mía, él me relató su cambio de vida. Le habían tocado tres décimos del premio gordo, y ahora se estaba poniendo una caja completa de dientes, con varias muelas de oro.

Fuímos a un café y allí me brindó varias cervezas y hasta se me ofreció para si yo tenía alguna necesidad de dinero.

Hablamos largamente mientras bebíamos cerveza, y en toda su conversación, Francisquito hacía constar su felicidad, no tanto por el dinero que tenía,

sino por sus dientes. Y en tono de satisfacción decía:

—Ahora voy a ponerme los dientes para poder comer!....

X X X

Pocos días después yo me fuí a otra ciudad; hasta salí por un tiempo al extranjero. Cuando volví a mi pueblo ya habían pasado unos cinco años.

Una tarde me encontré con Francisquito; estaba muy cambiado. Barbudo, con un traje todo raído, un sombrero sucio, alicaído, y con unos zapatos que tenían un gesto de risa muda.

Como la otra vez, él me explicó. Había hecho algunas malas inversiones, los malos amigos le habían hecho despilfarrar, en fin, todo se le había esfumado al año escaso de haberlo adquirido, y ahora estaba pasando las mil y quinientas.

Entonces fuí yo quien lo invitó a tomar cerveza. Mientras caminábamos le dije que yo había tenido alguna suerte y que ahora podía devolverle el ofrecimiento que tan espontáneamente me había hecho, de prestarme algún dinero.

El sonrió agradecido, y aquella sonrisa fué una revelación.

—Y tus dientes?.... ¿No llegaste a ponerte la caja de dientes?

Y el me contestó con un ritmo de tristeza:

—Sí, pero tuve que venderlos para poder comer.

YO TUVE UNA NOVIA

HUES señor: hace algunos años que yo sufría algo así como una "brujería" medular.

No había manera de que a mis bolsillos cayera, ni por equivocación, el más miserable centavo. Podía decirse, con toda propiedad, que los bolsillos en mis trajes eran tan innecesarios, como son los paraguas en tiempo de sequía.

En medio de esta prángana fenomenal me enamoré locamente de una muchacha a quién, hasta un día, consideré siempre la mujer más bella, más adorable y más enloquecedora de todas las mujeres.

Con estos amores me ocurrieron a mí las cosas más raras y más inexplicables de mi vida.

Para mí esa muchacha lo era todo.

Tenía, y debe seguir teniéndolos, si no se les han desteñido, los ojos verdes, y no sé por qué vulgar asociación de ideas, cada vez que me fijaba en ellos, gozaba la inefable ilusión de tener ante mí, no dos pedazos de cielo, ni de mar, ni tampoco dos esmeraldas; ni nada de esas cosas con q. es corriente comparar la verdura de unos ojos de mujer hermosa, sino que estos ojos para mí eran dos billetes de banco de a cinco pesos oro cada uno.

Yo no me he explicado nunca, a pesar de que en ello he pensado siempre, el por qué aquella muchacha me dió a mi siempre, la sensación de ser un porta-monedas viviente; y conste, que era tan

pobre como yo, ya que era materialmente imposible serlo más.

Se llamaba Cantalicia, pero la llamaban Tala. Yo, cariñosamente, le decía Talita.

Cuando Talita hablaba conmigo, sus palabras llegaban a mis oídos como fascinante tintineo de monecas de oro. Cuando caminaba a mi lado, mil veces bajé la vista al suelo, en ansiosa búsqueda, porque su taconeo, muchas veces se confundía con el argentino sonido de monedas que caen.

Yo creo que fui el hombre a quien la prángana sujestionó más intensamente en esa época. ¡Palabra!

Pero esa sujestión era más aguda y más intensa en mí, cuando me encontraba junto a Talita.

Me recuerdo siempre que una vez, yendo nosotros dos de paseo, bajo el palio de una tarde hermosísima, y mientras caminábamos por la avenida "30 de Marzo", salieron volando de entre unos arbustos muchas mariposas amarillas. Yo tuve que reprimir un supremo impulso para no lanzarme a correr, como loco, tras los alados insectos, porque mi primera impresión, al verlos surgir, fué la de que se trataba de un lote de papeletas de a diez pesos, de esas amarillas, que volaban impulsadas por el viento.

Ahora, cuando ya ha pasado mucho tiempo de eso, yo me avergüenzo al pensar en que, si esa "brujería" que yo sufría entonces hubiera continuado, iba a llegar un día en que, completamente fuera de juicio, iba a raptar a Talita, y con élla en brazos, iba a ir corriendo a un banco a cobrarla, porque en distintas ocasiones en que élla se ponía un trajecito azul, muy lindo, llegué a ver, en toda élla, un enorme cheque librado a mi favor, por una fantástica suma.

Así pasaron unos seis meses. Después yo obtuve un empleo en el que ganaba un sueldo regular.

Como a esas personas que han estado un largo tiempo en abstinencia absoluta de alimentos, a quienes hay que empezar a alimentarlas a pequeñas dosis, así yo, el día que cobré mi primer sueldo, fui introduciendo el dinero en mis bolsillos poco a poco, porque a pesar de que la suma no era grande, abrigaba el temor de que, impuestos mis bolsillos a la más completa holganza, se desfundaran al peso de los pesos.

Pero lo raro, lo inexplicable, lo contundente es esto: inmediatamente entró dinero en mis bolsillos, se escurrió de mi corazón el amor hacia Talita.

Desde entonces me fué siempre indiferente, y a pesar de que traté siempre de explicármelo, nunca supe qué fué lo que me hizo enamorarme de ella, pues las hechizantes gracias que antes le veía en todo su ser, parece que se habían esfumado como por encanto.

TERCERA PARTE

C H A R L A S
P O L I T I C A S

DOS PALABRAS

PARA satisfacer el deseo de muchos amigos míos, no he querido cerrar este libro, sin antes insertar en él, algunas de las CHARLAS POLITICAS que yo he publicado en LA INFORMACION, y las cuales, dice mucha gente benévola, son la mejor historia de la política criolla durante el lapso de 1925, que fué cuando comencé a escribirlas, a 1930, que fué cuando cayó el régimen gubernamental que presidía el Gral. don Horacio Vásquez.

Los lectores asiduos del prestigioso diario LA INFORMACION, de Santiago de los Caballeros, conocen muy bien estos escritos periodísticos míos, y saben también que, para publicarlos todos, se necesitaría una obra de muchos tomos, por lo que, en este libro, sólo publicaré algunos de ellos, aquellos que, a mi humilde entender, gustaron más al público.

Puede ser que estos artículos cuadren mejor en el periódico que en las páginas de un libro, por su carácter puramente accidental, de aquellos momentos, y por tanto pido a los lectores de "Pencas de Palma", recibirlos como un relleno, que espero sea del gusto de todos.

Don Horacio, indefectiblemente, será víctima de sus amigos. Y más que de sus amigos, será víctima de su extremada complacencia. Indefectiblemente.



Va sacrificio, tras sacrificio, sólo por complacer a sus amigos. Sólo por no desairarlos en sus aspiraciones de seguir teniendo a la cabeza del Gobierno a un hombre de sus dotes personales.

Y don Horacio, como siempre, hecho de masa apostólica, se resigna a la voluntad de los suyos, y sigue y seguirá.....

!Cuánto sacrificio!.....

Pero no se apure, don Horacio, que Dios le pagará con gloria en el cielo, todo lo que padece en la tierra por los hombres.....

¡Dos años más en la Presidencia de la República, después de cuatro de tanto padecer y de sufrimientos sin límites!.... ¡Dos años más de via-crucis y de miserias con la Santa Cruz a cuesta!.....

¡Dos años más de humillaciones y de padeceres sin fin!.... Sólo un hombre del fuste de Don Horacio, podrá soportar esta prolongación de padeceres, que no de poderes. Sólo un hombre, como él, hecho con maderas apostólica, puede echarse encima, resignadamente, el dolor y los sufrimientos de 730 días más.....

Pero don Horacio, al aceptar el sacrificio, mira, desde la cima de su calvario, a todos sus amigos que lo ponen en tan amargo trance, y dice.

—Perdonadles, padre, que no saben lo que hacen!.....

Y virando los ojos hacia el cielo del poder, piensa, aunque no lo dice:

—Presidenciarum perpetuarum: si para complacerum amigorum es necessarium, mi espíritu en tí encomendarum!.....

Y dicen que Estrella Ureña, cual otro Dimas, exclamó:

—Acuérdate de mí cuando en tu gloria te veas!.....

—Y don Horacio contestó:

—Ya estarás conmigo en la Vice... ¡digo!... en el paraisorum..... Y Alfonseca, cual otro Gesta, al oír esto último, medio se viró, y fué tan grande la "cortada de ojo" que le dió a Dimas, que por poco lo tumba de la cruz.....

Qué bella.....pero qué bella pasión!....

Publicada el día 2 de marzo de 1928, con motivo de la declaración de Don Horacio Vásquez aceptando la prolongación de poderes que él mismo se propuso.

Como siempre, ha habido cambios en el Gobierno.

El Gobierno es como la luna, que en un mes cambia de faz cuatro veces. Con la única diferencia de que los cambios del Gobierno son tan insignificantes y tan dentro de su norma general, que para el pueblo no resultan, como para el mundo los de la luna, que son notables. La evolución y contraevoluciones del Gobierno, son siempre dentro de su eterna faz de cuarto menguante.....

El Viejito se ha ido ahora al Ministerio, ascendiendo, en línea recta, desde su curul de Senador; parece que el Viejo lo consideró lo bastante "cenado", y resolvió sacarlo de allí para ponerlo en un lugar "más a la mano"; es decir, pensando que de Ministro al exilio no hay más que un paso, y muy corto, por cierto, porque para ello y según la práctica moderna, no es menester desvestir al exiliado de su carácter pomposo de Ministro.

El Senado y la Cámara de Diputados son lugares arenosos y los Ministerios o Secretarías de

Estado, son arcillozos; en los primeros se puede meter la pata en lo profundo, pero no se resbala; se tiene la seguridad, en esos terrenos, de que no se cae nadie, si no está en la voluntad propia de cada uno el caer; mientras que los ministerios son resbaladizos y basta, para caer, un ligero empujón dado por el interés político del Jefe supremo.

Y las caídas desde los cerros de los ministerios, son fatales, pues a su alrededor hay siempre rocas de puntas que, cuando menos, le lastiman los callos a los caídos.

Y si no que lo digan Angelito, Pelletier, Luisito, Fellito y hasta Andrés, que si no ha caído éste último, es porque, inteligentemente, tiene un báculo, con una punta aguda, y cada vez que siente el suelo deslizarse bajo sus pies, se afínca a él y aunque a la orilla y un tanto nervioso por el susto, queda siempre parado. Fello, el de los frijoles negros, ha dado sus patinadas exprofeso, pero a éste no le quiere dejar caer el Jefe, pues siempre le ha echado su arenita para que no siga el resbalón espontáneo.....

La caída de Angelito ya todos la conocen: fué de "tratabillón" en "tratabillón" hasta dar de narices con la torre de Eiffel; y con tanto resbalar, se le pulieron de tal modo las suelas, que desde París dió otro resbalón, que si no lo detiene la Casa Blanca, de Washington, no sabremos a dónde hubiera ido a parar; es verdad que el Viejo, para demostrarle su cariño a Angelito, siempre lo llama, pero no para que esté mucho aquí, sino para enviarlo a Haití y a Cuba, porque como entre sus hijos es el más "carita", lo tiene ahora como para exhibición; y en realidad, Angelito no está mal de cara.

El resbalón de Pelletier fué tan grande, que

ni los exploradores han podido dar con su paradero; Limardo, como saben los lectores, gracias a sus mostachos, pudo quedarse enganchado en la meseta de una Gobernación; del lobo, un pelo. ¿verdad, Bubul?..

El resbalón más cómodo fué el de Luis Ginebra que tuvo la suerte de pasar de una habitación a otra sin sufrir caída..... Hay calvos dichosos.....

El resbalón de Fellito lo llevó a París, y fué con tanto impulso, que puede decirse que fué un resbalón de ida y vuelta.....

Así es que al Viejito que se agarre, pues está en mal sitio..... En el cerro más resbaloso y del cual se han registrado las caídas más peligrosas y frecuentes.

Muchos tienen confianza en la agilidad agarratoria del Viejito y hay quien diga que si el Viejo se mete en empujarlo, es capaz de agarrarse a él y llevárselo consigo al suelo. Pero no es más que una creencia de algunos, pues lo que pueda ocurrir solamente lo sabe el Viejo, quien tomará sus precauciones cuando sea menester dar el empujón al Viejito.... Ya tendrá el Viejo su palo encebado para con él empujar desde lejos al Viejito, y si éste quiere agarrarse de algo, que se agarre al palo.....

Como quiera que sea, a nosotros no nos parece de buen augurio para el Viejito esa ascensión, porque sabemos que el Viejo le gusta subir lo más posible a sus amigos para después gozarse placidamente al verlos caer como peleles.

Y hay que tener en cuenta que mientras de más alto se cae, más fuerte es el golpe.... Así es que, agárrese, Viejito.

Publicada el 19 de Marzo de 1924, al ser designado el Dr. José Dolores Alfonseca, Secretario de Estado de lo Interior, Policía, Guerra y Marina.

El Brigadier Trujillo, en nuestra política, está tomando todas las características de un boxeador de peso completo, con decisión firme, manifiesta, inquebrantable, de ser el campeón de los campeones mundiales.

Ha sabido manejar, con una destreza admirable, los puños de su supremacía, y ha dejado fuera de combate a muchos contrincantes.

Primero tuvo que vérselas con Pelletier, un púgil de grandes probabilidades, por tener una izquierda terrible, alimentada con yuca y plátanos del Sur. Pero ante la pujanza del elegante boxer del uniforme canario, pronto el azuano sintió flaquear sus fuerzas, y no llegó al tercer ROUND, sin que su corpulencia besara la lona, bajo la impetuosidad de un perfecto y definitivo NOCAO, que por haberle ocasionado lesión permanente, le ha dejado para siempre fuera de combate.

Vino Bubul, el hombre de los grandes puños y de los no menos monumentales mostachos, en los cuales, cual otro Sansón, creyeron muchos que residía toda su potencialidad de púgil político.... Pero, qué va!..... dos ROUNDS apenas, y el hombre norteño estaba sacado del RING, y otra vez la mano enguantada del apuesto uniformado de amarillo, se levanta airosa sobre su cabeza para anunciar su triunfo.

Entonces pisó la lona Luisito, el mimado de los puertoplateños, hubo grandes esperanzas de que con éste terminara la carrera victoriosa del diestro trompeador de la fortaleza "Ozama". Pero en el cuarto ROUND ya estaba Luisito completamente

GROGGY, y para evitar un NOCAO, que es siempre fatal para un boxero de primera categoría, los encargados sacaron a su puertoplateño y lo guardaron para someterlo a un nuevo entrenamiento que lo preparara mejor para luchar con adversario tan terrible.

Era el tercer hombre que Trujillo, el gallardo Jefe del Ejército, ponía fuera de combate, en su carrera en el arte de los puños'

El empresario del "Estadio Nacional" y gran promotor, Gral. Horacio Vásquez, combinó entonces el encuentro entre Trujillo y Alfonseca. Este último boxeador, que estaba en TRABAS desde hacía algunos años, y que por todas sus manifestaciones físicas, prometía ser un trompeador irresistible, fue un rayo de esperanza para los que querían la derrota del hombre de la Fortaleza.

La lucha comenzó muy interesante. En los primeros asaltos, nadie podía predecir quien saldría triunfante. Trujillo atacaba con una agilidad asombrosa, pero no le iba en nada Alfonseca. Hubo un momento en que se pensó que el gallardo uniformado de canario, fuera descalificado por el jurado, pues había quien dijera que lo vio propinando algunos golpes ilegales, pero esto pareció ser una ilusión de los espectadores que alegaban el FAO, porque la pelea siguió sin ninguna interrupción.

En el quinto ROUND comenzó el triunfador boxero de las presillas a ganar terreno sobre su contrario. Varias veces lo llevó sobre las sogas y otras tantas lo hizo besar la lona por dos o tres segundos, después de los cuales, Alfonseca volvía a atacar, pero débilmente.

En el sexto ROUND, el hombre del paraguas y las gafas comenzó a sangrar por la nariz, y, a pesar de los "CAREOS", su cansancio era notorio.

Un sudor frío corría por todo su cuerpo; era innegable que el pelcador sin uniforme estaba extenuado, mientras el hombre de las presillas y de las chambreras, siempre enhiesto, siempre gentil, no demostraba fatigas y seguía pegando con vigor.

En el séptimo episodio, ya el semi-mocano a penas pegaba, se dejaba dar trompadas con resignación, y aunque no caía, su derrota era palpable.

Su "careador" le lanzó la tcalla, y el púgil Trujillo fué declarado vencedor por NOCAO TECNICO. Martín, desde un "ring-side", reía, desgranando al sol el prodigio de sus dientes.

Se armó una alharaca entre los fanáticos de uno y otro boxeador. Pero el promotor don Horacio subió al RING y declaró que la pelea no sería decidida inmediatamente, por divergencia de criterio entre los miembros del jurado criollo, y que por lo tanto había pedido al extranjero una comisión de expertos en boxeo para que élla, con su gran capacidad y experiencia en la materia, fuera quien decidiera.

Pocos días despues llegó al país la tal comisión, se reunió, examinó todas las anotaciones de puntos ganados por uno y otro boxeador, rechazó la decisión de NOCAO TECNICO, pero concedió la victoria por puntos a favor del Toro de la Fortaleza "Ozama".

Esta decisión fué un poco más decorosa para el semi-mocano, a pesar de que, de todos modos, salía perdido.

Por consejo de los expertos extranjeros, se estableció que las peleas que debía librar Trujillo en lo sucesivo, se llevaran a cabo en otro RING, y no en el de lo Interior y Policía. El otro RING se llamaría el de la Defensa Nacional.

"Ahora sí que le va a quedar grande a Tru-

jillo el ganar tan fácil", pensaban muchos. "Ahora sí que va a pelear de igual a igual", exclamaban otros.

Y todos esperaban el momento del primer encuentro, las apuestas se sucedían, y las discusiones en los corrillos eran cada vez más acaloradas.

Las probabilidades estaban a favor de su nuevo contrincante, quien venía con una faja de DEFENSA.

Los carteles del Estadio "Nacional" anunciaron muy pronto: "RICART OLIVES vs. GRAL. TRUJILLO.—A 10 ROUNDS".

El entusiasmo entre los fanáticos era indescriptible. "Ahora sí que encontró Trujillo su tusa", decían unos. Los periodistas visitaban y entrevistaban al nuevo boxeador, quien, arrogante y sin miedo, daba declaraciones optimistas. Se decía que Ricart Olives tenía una derecha terrible, la cual utilizaba con una agilidad asombrosa sobre la quijada de su contrincante. Otros decían que el golpe favorito de Ricart Olives era sobre el estómago, con la izquierda, que nada tenía que envidiarle a la derecha.

Se creó tal ambiente de fortaleza y de bravura el nuevo boxeador, que cuando Trujillo pasaba por alguna calle, todos lo miraban con lástima.

Hubo una muchacha enamoradiza, que al verlo un día, exclamó:

"—Ay, tan buen mozo que es y le van a poner la cara para atrás, de un derechazo".

Pero vino el día del encuentro. Los amigos de Trujillo, temerosos de lo que pudiera ocurrir, se prepararon, y llevaron al Estadio una camilla, alcanfor, cloroformo, unguento Bergés, y una nariz, un juego de dientes y un bigotico de repuestos, y

hasta ordenaron la construcción de un ataúd, para por si acaso.....

Pero, ¡oh, maravilla!.....

Suena la campana anunciadora del primer asalto. Como un tigre, Ricart Olives ataca con la izquierda y con la derecha sobre la cara de su contrincante, pero fatalmente para él, descuida un poco la DERECHA, lo que da oportunidad al ágil, formidable y nunca bien ponderado hombre del uniforme canario, para asestarle en la barbilla a Ricart Olives tan tremendo OPERCU que, lanzándolo sobre la esquina contraria, lo hizo saltar a una altura de tres metros, por lo menos, y luego caer en la lona como fulminado por un rayo.

Momento de consternación para unos. Momentos de atronadoras voces de alegría para los Trujillistas.

El REFERI cuenta.....ocho, nueve, diez. Ricart Olives no da señales de vida. Fricciones vienen y fricciones van. Poco a poco reacciona, y luego se levanta, o lo levantan los brazos de los amigos suyos; pero de una manera tan descontrolada, que pregunta, restregándose los ojos:

—En qué lugar del mundo me encuentro?....

—Camino del hospital..., le contesta un guasón.

Con esta victoria, y con la que obtuvo más tarde sobre Carmito Ramirez, quien se huyó en TRABAS, sin pagar la "saca", Trujillo quedó proclamado como Campeón mundial de peso completo. pésele a quien le pesare.

NOTA:—Esta charla fué publicada en "LA INFORMACION", el día 18 del mes de Junio de 1929.

HA habido divorcio en estos días.
Y si no lo ha habido en el sentido "jurídico" de la palabra, como diría Don Santiago del Carmen Jerez, prisionero urbano de LA INFORMACION, lo ha habido en el sentido práctico.

Don Horacio se ha separado de su esposa doña Coalición Patriótica de Ciudadanos.

La pobre Coalición ha sido una mujer verdaderamente desgraciada en su vida político-amorosa.

Ella ha sabido entregarse amorosamente a todos sus esposos, mientras que éstos siempre la han repudiado tarde o temprano.

¿Qué le pasará a doña Coalición?

¿Por qué sus esposos la abandonan?

¿Tendrá mal aliento?

¿Quién sabe!....

Doña Coalición, en medio de su amargura y de su abandono, llora y se lamenta de su mala estrella.

Y es verdad que tiene muy mala estrella doña Coalición.

¡Tan buena gallina que era doña Coalición cuando joven, por allá por los años 1923 y 1924! Recordamos cuando la veíamos paseándose en nuestros parques, con sus caderotas seductoras, sus torneados brazos y toda su belleza irresistible.

Don Pancho tuvo muy buen gusto cuando se enamoró de ella.

Todos envidiaron a Don Pancho.

Y don Pancho, lleno de orgullo, con su buena

gallina, se casó con ella y comenzaron su luna de miel.

Pero surgió el misterio en la vida llena de desdichas de la pobre Coalición.

Don Pancho, que siempre cariñoso y arrullador, tenía los más exquisitos diminutivos para nombrar a su mujer, en medio de sus sabrosos idilios, pronto la abandonó.

Don Pancho, que cuando llamaba a su mujer le decía con una ñoñería infinita:

—Coíta.... ¡Ay, Coa!.....

Y vino el divorcio.

Todos vieron con tristeza a doña Coalición Patriótica en su soledad.

Don Horacio comenzó a florearla y á mandar-le cartitas. Pero como doña Coalición ha sido siempre tan honrada, le paró el coche diciéndole:

—Caballero, no trate usted de echar más dolor en el corazón de esta mártir... Yo soy una desgraciada y los hombres son muy malos.... Yo no creo en los hombres!....

Y don Horacio, con acaramelamiento de Pipí rancioso, le contestó:

—Ay, doña Coa, si supiera como me da usted en la Quea.... en la quea superlativa de mi corazón rendido, no vacilaría usted en entregármeme sin pérdida de tiempo.

—Sí, así dicen todos los hombres.... pero tras la miel de esas palabras se esconde siempre la hiel de la decepción....

—Ay, Quea Coa.... Coa quea! Ten fe y espera, que en este pecho varonil que tengo aquí (y se lo señaló con la mano, dándole un golpe de idem) llevo un corazón grande, enorme, que palpita tan sólo por usted.... Yo soy el hombre que

Dios le ha deparado para que sea su protección; entréuese a mí, doña Coa....

—Ay!.... Qué cosas me dice usted!... Me va a hacer desmayar....

—Aquí tiene mis brazos, desmátese en ellos, doña Coa.... y pierda cuidado....

—Y doña Coa se desmayó....

Cuando doña Coalición volvió en sí y se encontró en los brazos de don Horacio, suspiró diciendo con desmayada voz (la voz parece que no había vuelto en sí todavía):

—Ay!.... ¡Qué débiles somos las mujeres!...

Y acariciándole con las manos la barba a don Horacio, le dijo con desencuadernante mimorería:

—Verdad, papachito mío, que tu no eres malito, como los otros hombres?....

Y don Horacio, con una fiebre como de cuarentitres grados, le contestó, saliéndosele la baba:

—Qué va, gallina, qué va!....

Y doña Coalición quedó encantada de la vida....

Hasta un día.... ¡Oh, la estrella fatídica de doña Coalición!....

Hoy está nuevamente abandonada la doña.

Y no sólo abandonada por su amante, sino que también está repudiada por algunos de los hijos que le quedaron de su primer matrimonio.

Don Horacio, que parece un buen padrastro, le ha quitado algunos de sus hijos más queridos.

Sobre todo a Fermincito, en quien doña Coa vió siempre el báculo de su vejez.

Y dicen que hasta Tino.... ¡Hasta tú, Tino! exclama doña Coalición en medio de su amargura.....

Pero parece que Tino ha sido un muchacho que ha tenido siempre muy buen tino.

Doña Coalición está sola..... Sólo un hijo, el mayor de todos, la ampara, pero Eliíta, solo, no es gran consuelo para doña Coa.

—Ay!.... Qué triste es la vida!.... y qué malos son los hombres!....

Así exclama sin cesar doña Coa.....

Publicada el 18 de Febrero de 1930.

TODAS las cosas del Gobierno del Generalísimo Horacio Vásquez, tienen tan marcado el sello de la ambigüedad y de la incertidumbre, que hasta en los asuntos personales del Presidente, siempre se enseñorea, por encima de todo, la indecisión, la duda y las contradicciones.

Y si no, ahí está su enfermedad. ¿Quién se atreve a decir con exactitud y con sinceridad, lo que sufre el Presidente, y si es grave o no, su estado?

Nadie.

El murmurar insidioso de los que se alegran llorando del mal ajeno, dice en su irresponsable secreto:

—El Presidente está grave, gravísimo!....

La información semi-oficial de los allegados y de los serviles e incondicionales, exclama a todos los vientos:

El Presidente está bien: nunca estuvo mejor de salud.... Está como un guayacán.....

Y el informe de los boletines médicos, dice, conciso e inescrutable, en el laconismo de los radiotelegramas:

—El Presidente sigue mejorando notablemente.

Pero, los que no somos murmuradores insidiosos, ni aliegados, ni serviles, y mucho menos médicos de cabecera, nos preguntamos unos a otros:

—En fin, ¿qué tiene el Presidente?.....
¿Cuál es su estado de salud?.....

Nada sabemos, porque nada podemos decir de las diferentes afirmaciones que diariamente corren entre los corrillos y entre los círculos.

Hay quien asegure que lo que sufre el Presidente es una enfermedad diplomática, y no falta quien crea que se trata de una indigestión de fiestas y parrandas..... Sin faltar la superstición en algunos para pretender que al Presidente le echaron un guanguá en Haití.... Y no hay que dudarlo, porque dicen que allí son terribles en esas cosas. Sabe Dios si lo que tiene nuestro Viejo es la influencia fatídica de algún Musié Candelo del vecino Estado.

Una muela del juicio, llegada inesperadamente, no podía hacer los estragos que, según muchos, existen en la salud del Presidente. Una muela no es más que una muela, y el Presidente no puede ser más débil que un niño de meses que sufre, pero sale airoso casi siempre de la tormenta dolorosa de la dentición.

Al Viejo debe ocurrirle algo muy nuevo, muy raro para la terapéutica nacional.... Algo ante lo cual se halla confusa la ciencia médica y ationdrada la versión política y mal intencionada de los que se alegran llorando del mal ajeno.....

Pero como en este país, y especialmente, en su Gobierno pasan tantas cosas raras, sufrimos incertidumbre al decidirnos en nuestra creencia, por una de las tres enfermedades enunciadas: la afeción diplomática, la indigestión de fiestas, y el guanguá haitiano.

Si es una afección diplomática la que el Viejo sufre, no hay más que dejarlo solo, que, ya él sabrá cuando le convenga curarse, agravarse o morirse provisionalmente..... pues en la diplomacia todas esas cosas son posibles. Nada, pues, de medicinas para el enfermo, que sarna con gusto no pica, y si pica no mortifica.

Si se trata de una indigestión de fiestas y parrandas, el tratamiento será otro. Una abstinencia completa de alimentación festiva y que se le den vomitivos y se sanará. Uno de esos purgantes compuestos que llaman "friega platos". Y no hay que dudar que los médicos crean que esta es la enfermedad que sufre el Honorable, pues el tratamiento que se le ha hecho está de acuerdo con las prescripciones aconsejadas para estos casos. La dieta es rigurosa, pues el Viejo tuvo que oler desde lejos la Bendición Papal y las Fiestas del Cacao en Moca, cosas que denuncian a las claras la rigurosidad del tratamiento contra la indigestión o agitera. Para hacer más efectiva la cura, nada como el aire purificador de San José de las Matas, con alimentaciones, a pequeñas dosis, de conversaciones ministeriales al aire libre. Con esto y con los cuidados constante de una nurse como Mario Fermín, no hay temores posibles. Eso sí, prohibirle terminantemente a Mario Fermín hablarle al paciente de la Exposición Nacional, porque no hay cosa que apetezca más un enfermo que lo que le han prohibido comer.....

Si es un guanguá, la cosa barea..... Lástima que haya muerto Dosilien. Pero, aprovechamos la estancia aquí de Jolibois Fils, que como él ha sufrido todo lo que le ha echado encima Bornó, y como dicen que no hay mejor cirujano que el que ha sido acuchillado, bien puede él sacar al Viejo del

paso en que se encuentra. Pero para que Mario Fermín vaya preparando al Viejo para la cura, que será hecha a base de SAN, le aconsejamos darle al paciente un baño preparado en la forma siguiente, pues nosotros sabemos también algo de eso:

Cojer a la una en punto de la noche, un martes o un viernes, tres matas de Celedonia, que tengan hojas impares, tres plumas de la cola de una lechuza viva, el colmillo izquierdo de un gato prieto, el ala izquierda de un murciélago, tres monedas de cobre de medio centavo y nueve dientes de ajo; se echa todo en nueve litros de agua y se pone al sol durante nueve martes y nueve viernes consecutivos. Al terminar la insolación del agua, ésta, indudablemente, se habrá reducido por la evaporación, a casi la mitad. Se vuelve a medir, y la que falte para los nueve litros se completa con manteca de culebra macho, y de rana en cinta y cuando esté todo preparado, se lleva el baño y el paciente, a la una de la noche de un martes o un viernes, al cruce de dos caminos. El Viejo debe ir acompañado del Fresito y del Viejito, que son los que más amor le profesan, y dándole palmadas fuertes al agua del baño, decir cien veces: "SEN-SEN MACABI.....SEN-SEN MACATI..... Para q. no haya equivocación, y el Viejo no diga un "un sen-sen macabí o un sen-sen macatí, de más o de menos, el Viejito y el Fresito deben irlos contando en alta voz, y Mario Fermín, señalando uno y otro, los dos caminos que se cruzan, debe decir imperativamente:

—“Musíé Candelo, por este camino viniste y por este tiene que irte!! (Se repite hasta que el Viejo acabe de decir sus cien sen-sen macabí, etc).

Cuando se haya terminado esta operación, se encenderán tres velas que le hayan servido a

tres moribundos que hayan muerto martes o viernes y se hace un momento de silencio, por espacio de cinco minutos; entonces el Viejo tomará la más grande de las velas y la apagará introduciéndola entre el agua del baño; el Viejito cogerá la que sigue y hará lo mismo, e igualmente hará el Fresito con la última, mientras Mario Fermín dice, cada vez que se apaga una vela: "Si al mundo viniste para el mal, el bien te matará".....

Cuando se hayan apagado todas las velas, se venda al Viejo, se le coloca frente al baño y se le hace decir a todo pulmón:

—Con dos te veo y con tres te espanto, con la gracia del Hijo del Padre y del Espíritu Santo!!!.....

Y los otros contestarán a coro:

—Amén, Jesús.....

Y el Viejo entra al baño, en el que estará nueve minutos ni más ni menos.....

Si se hace tal como dejamos indicado, casi ni se necesitarán los oficios de Jolibois, a palabra!.....

Publicado el 13 de Octubre de 1927.-

Dice un adagio que "a cada puerco le llega su San Martín" o que "a cada santo le toca su día".

Y así es en todos los órdenes.

Nadie debe reirse de la desgracia de nadie, porque nadie sabe cuándo le toca al otro reirse del que de él se ríe ahora.

Lo mismo:

Nadie en la desgracia se desespere por la felicidad de otro, porque no se sabe cuándo el feliz de ahora, debatiéndose en medio de la desgracia

tendrá que envidiar al que por desgraciado desprecio ayer.

Eso no es más que filosofía, impepinable.

Porque así ha sido, es y sigue siendo.

En la política ocurre lo mismo que ocurre en todos los órdenes de la vida.

Al que ayer vimos orondamente pasear en la cima del bienestar político, hoy lo vemos, cabisbajo, astroso, lacrimoso y acobardado, caminando de prisa y como quien teme a las miradas de los demás

Y viceversa:

El que ayer fué un derrotado en todos los órdenes, el que ayer no tenía qué comer, ni qué vestir y que tenía que ir por las calles pidiendo cigarrillos, con el calzado muriéndose de risa y enseñando como lengua el dedo grande del pie, ahora lo vemos en carro "pescuezo largo", y teniendo en sus manos, aún flácidas y temblorosas por las miserias pasadas, todos los medios del buen vivir.

Por eso es que se dice, en medio de todas las desgracias, la gran frase del optimismo: "No hay que apurarse", agregando aquella gran exclamación: "¡quién sabe!....."

Los pueblos, por ejemplo, se quejan muchas veces, de los gobiernos que lo han tenido en completo abandono mientras otros han sido objeto de todas las atenciones oficiales.

Por ejemplo, en el gobierno de Horacio Vásquez, Moca y San José de las Matas fueron pueblos favoritos.

Para Moca y para San José de las Matas hubo de todo. El tren de empleados públicos era en su mayoría, mocano y para San José de las Matas hubo todo el adelanto apetecible por una aldea de su categoría .

Los mocanos llenaban todas las oficinas públicas de la Capital y gran parte de las otras ciudades.

De ahí que no había mejor recomendación para adquirir un destino público, que repetir la célebre frase: "Sor de Moca".

Nos recordamos de que una vez desembarcó en Santo Domingo un vegano, que había pasado más de seis años en el extranjero.

Al llegar y encontrarse con tantos mocanos, en el muelle, en el hotel, en el restorán, en el parque Colón, en el teatro, y como todos eran viejos conocidos suyos, y como el recién llegado ignoraba que se trataba de un gobierno favorable a los mocanos, llegó un momento en que dudaba de encontrarse en la Capital, y para salir de su duda le preguntó a uno:

—“Oye viejo, y perdona, pero como tu sabes, uno se va al extranjero y cuando vuelve lo haya todo cambiado, así es que tu me vas a hacer el favor de decirme si la Capital la mudaron a Moca”.

Y el preguntado fué más occurrente porque contestó:

—“No, lo que pasa es que a Moca la mudaron para la Capital”.

Y así las cosas, hasta que cayó Horacio Vásquez.

Con la ida de Fellito Estrella Ureña al poder, le llegó a Santiago su San Martín, o sea, le tocó su día.

Ahora los santiagueros están en alza. La Capital fué desalojada por los mocanos para dejarles el puesto a los santiagueros y por todos los confines de la República está la semilla del santiaguerismo regada. “Sor de Santiago” es ahora la frase victoriosa.

Pero como los navarreteiros no son ningunos tontos, y como ellos también son santiagueses, puesto que también ellos son de Santiago, tienen perfecto derecho a reclamar su parte.

Y a ellos les ha tocado la Policía Municipal y el Cuerpo de Serenos, de esta ciudad.

Para ser policía o para ser sereno, no hay nada más efectivo que decir:

—“Yo taba con la revolución, porque como yo no soy má que Fellito Etrella, y además, como yo soy de Navarrete”.....

—¿Usted es de Navarrete?.....

—Qué si soy!.... Mi papá es de Barrancón, mi mamá e de Pontón, yo nací en Elaguacate y mi padrino son del mismo pueblo e Navarrete..... Adiós, si usted quíe sabeí má detalle, pregúnteselo a Juan Caridá y a Cholo, que son mismamente como familia mía.....

—No hay que hablar más; Secretario, anote a éste para sereno..... porque es del campo, si hubiera nacido en el pueblo, fuera policía.

Uno que oyó ese detalle, alegó: yo nací frente a frente a la Iglesia y me crié, como quien dice, en la tienda de don Ricaldo Canalda y na meno don Elia, que en pa decanse, jué mi padrino, por eso era que mi papá y él eran compadre e sacramento.....

—No hable más..... ¿Cómo se llama usted?

—¿Yo..... yo mismo?.....

—Sí, usted mismo.....

—Yo me ñamo Cayetano e la Cruz, pero a mí como me conocen en to Navarrete e como Tanc..... Pué preguntáiselo a Juan Caridá.....

—Secretario, anote a ese hombre como sargento primero!.....

Publicado el 6 de Mayo de 1930

ERRORES

Algunos errores se han escapado en este libro, y queremos llamar la atención del lector sobre los de mayor importancia, que son los siguientes:

Página 8, línea última; dice: "un salto en el aciento"; debe leerse: "un salto en el asiento".

Pág. 36, línea primera, dice: "el buhornero árabe", debe leerse: "el buhonero árabe".

Pág. 73, línea 20; dice: "quitándole lo de ella y plantarse luego"; debe leerse: "quitándole lo de ella y plantándose luego".

Pág. 87, línea 33; dice: "los enterradores se deroban"; debe leerse: "los enterradores se doraban".

Pág. 108, en el título; dice: "Los Dientes de Franciquito"; debe leerse: "Los Dientes de Francisquito".



BN
PL
BIBLIOTECA
NACIONAL
DE
PARIS